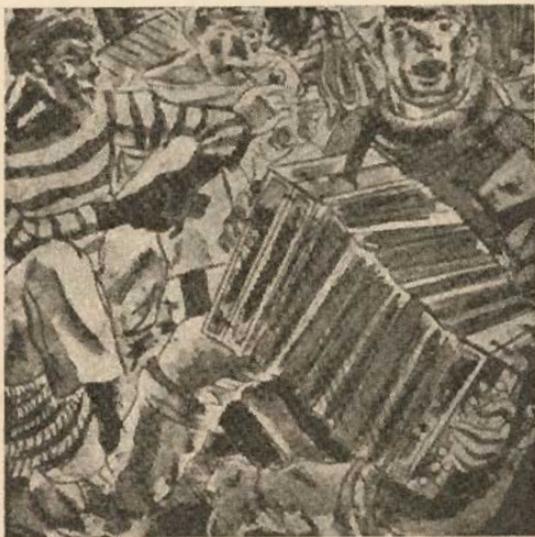


HERNAN DEL SOLAR

**VIENTO
VERDE**



ediciones ercilla

Hernán del Solar, autor de "*Índice de la poesía chilena contemporánea*", crítico y narrador de penetrante juicio y aquilatado estilo, regresa al campo literario con este libro de relatos, en donde se dan cita la elegancia de lenguaje y la hondura del análisis psicológico.

En su adolescencia, Del Solar lanzó un pequeño libro de poemas, bajo el título de "Senderos". De él no quiere acordarse. Sin embargo, despuntaba ahí un espíritu alerta y de indudable buen gusto. Los que han leído sus apuntes críticos en el preámbulo y en las notas proemiales del "Índice", comprobaron que el escritor había madurado en todo sentido, siendo sus frutos de ahora un tono de suave melancolía, de una amargura imperceptible casi, que da a sus páginas cierto aire de orgullo, sin mengua de la belleza del estilo.

Todo esto cuaja en "*Viento verde*", uno de los manojos de relatos más logrados de la literatura chilena contemporánea. Quizá algunos crean descubrir en ellos, rastros de algunos maestros. Se perciben, sin precisión, es decir, diluidos en la personalidad acendrada de este escritor, ecos de ciertas lecturas dilectas, pero ello ocurre siempre y nunca ha entorpecido el tránsito de la personalidad que, en el presente caso, se revela en todo su vigor, confirmando —no ya anunciando— la aparición de un escritor de gran enjundia en Hernán del Solar.

ERCILLA.

· COLECCION
CONTEMPORANEOS

VIENTO VERDE

HERNAN DEL SOLAR

VIENTO VERDE



EDICIONES ERCILLA

SANTIAGO DE CHILE

1940

Es Propiedad
Registro N.º 7599

COPYRIGHT by
EDIT. ERCILLA, S. A., 1940

Prensas de la Editorial Ercilla, S. A., Santiago de Chile.
FABRICACION CHILENA PRINTED IN CHILE

VIENTO VERDE

I

En ese tiempo, el verano significaba para mí innumerables alegrías. Recuerdo que pensaba en él muchas veces durante el año. Por ejemplo, cuando la lluvia golpeaba su tamboril indolente. Entonces me arrinconaba en una pena sin objeto, amaba violentamente los perdidos paisajes y reconstruía mis alegres mañanas junto al mar.

Yo sabía que era verano cuando veía a mi madre ordenar las maletas. Desde ese momento, todo me divertía: la palabra viaje, la imprevista resonancia de los cuartos vacíos, la noche que venía demasiado pronto.

Pero mi verdadera alegría comenzaba lejos de la ciudad. Mis padres poseían una casa de murallas grises, con pequeñas ventanas hacia el océano. Me gustaba oír desde mi pieza la canción derribada entre las rocas, emergida de pronto igual y diversa, poblada de aventureras imágenes. Pero cuando atardecía, me daba

VIENTO VERDE

miedo la soledad. Yo no era entonces sino un niño de diez años.

A menudo salía con mi padre. Cuando me cansaba, me tendía su mano. Yo lo interrogaba acerca de todo, y él nunca dejaba de responderme. Conocía el nombre de los pájaros, los árboles, las estrellas y los vientos. También sabía agradables historias.

A veces, lejos de la casa, por cualquier camino, nos encontraba la noche. Si él callaba, le hacía apresuradamente preguntas inverosímiles.

—Eres cobarde—me decía—, y eso no está bien en un hombre.

Yo admiraba la seguridad que veía en mi padre. Sentía vergüenza de ser tímido, soltaba su mano, y me complacía en imaginar unas hazañas que concluían por atemorizarme de nuevo. Entonces estoy seguro de haberme despreciado secretamente.

En cambio —invadido de bullicioso contento—, las mañanas eran para mí un refugio sin orillas. Tendido frente al mar, o corriendo por la arena, gritaba gozosas palabras a los pájaros marinos, y en el reventar de cada ola podía cazar un júbilo inesperado.

—¿Sabes? Seré marinero —le decía a mi padre—. Así nunca tendré miedo.

Y todavía creo recordar que mi padre sonreía al verme caminar con oscilante paso de piloto.

VIENTO VERDE

* * *

Fué probablemente una de esas mañanas cuando la vi por primera vez. Ya el tiempo ha volteado su secreta bruma sobre ese día, y no consigo recoger el detalle preciso que abra un libre camino a mi recuerdo. Sin embargo, creo entrever a mi padre y me parece escuchar la música de grandes olas que levantaban, caían, y regresaban a remover su espumosa cadena.

Hablábamos del mar, seguramente.

El me decía todo aquello que me gustaba, todo aquello que me ponía a oírle con ojos muy abiertos, y que en las noches derrumbaba terribles sueños sobre mi cuarto. A través de sus palabras, crueles monstruos de viscosos brazos y ojos verdes como hierba, se me aparecían vigilando el océano, aprisionando marinos, barcos y tesoros. Entonces temblaba a pesar mío y mi padre se burlaba de mis temores.

—Serás un buen marinero —reía— porque no cualquiera es tan valiente como tú.

Yo miraba hacia el mar. Y el ronco aullido del agua me repetía un llamado de bestias sin destino, agazapadas y en acecho.

Pues bien, en un momento como éste —no lo dudo— la vi por primera vez. Era alta, hermosa, nos miraba como si sus ojos azules hubieran quedado lejos, me hablaba inclinando su perfume hasta cerca de mi ca-

VIENTO VERDE

ra. Y fué, exactamente, su perfume el que me despertó un corazón distinto, que me pertenecía y yo ignoraba. Recuerdo que aquello sabía arañar dulcemente, que aquello animaba extraños deseos: saltar, gritando, alrededor de ella, ser dueño de todas las aventuras, besar repentinamente su mano.

Pero a veces mi padre me alejaba de ellos. Si me aproximaba, dejaban de hablarse. Me decían que corriera, que alcanzara algún pájaro detenido, lejos, en la playa, que los niños no debían cansarse nunca. Y yo sentía un vago rencor hacia todo, apretaba los puños, me sentaba donde no podía escucharlos. Entonces —cerrados los ojos— me acuerdo de haber pensado cosas imposibles. Evocaba los monstruos submarinos que mi padre me describiera tan a menudo, y me imaginaba caído entre sus duras amarras. Me veía perdido en la noche, apresado en horribles tormentas, muerto silenciosamente, mientras se me buscaba con un corazón desesperado.

Esta era mi venganza, de la que salía con ojos húmedos para acudir al llamado de mi padre.

Pero no es esto lo que he querido recordar.

Es a ella a quien veo ahora, con su lenta mano enredándose en mis cabellos, con sus lejanos ojos en el mar, en mi padre, o en mí. Me agradaba oírla, respirar ese olor que emergía de su sombra, que apresuraba en mi pecho un latido diferente. Yo siempre era feliz cuando la tenía cerca.

VIENTO VERDE

Sin embargo, recuerdo que un día me besó entre los ojos y que una ira violenta me hizo rechazarla con todo el vigor de mis manos. Sentí que me besaba como se me había besado muchas veces, porque era niño y se me podían decir en seguida palabras sin objeto:

—¿No te gusta correr? Eres demasiado pequeño para tu edad.

Pero el día que se fué conocí una pena semejante a la de los hombres. Su mano se agitó un instante, se borraró después y desapareció para siempre la misma noche que dejé atrás mi infancia.

- II -

Nunca se entraba en un cuarto al que se iba por una escalera de caracol. En un principio, tal vez desde su ventana miraron la venida de la noche. Pero después se llenó de viejas cosas inútiles. Y quedó abandonado.

Una mañana vi que mi padre subía la escalera. Mi madre había salido, atraída por la campana que sabía llevársela. Su lenguaje estaba hecho para vestirla de negro, ponerle entre las manos un libro pequeñito, repleto de estampas, y llevársela de prisa.

Me oculté a mirar qué hacía mi padre. Crujieron los peldaños, se abrió la puerta, sentí rumor de objetos removidos, y cuando me di cuenta que bajaba corrí a jugar en el patio.

—¿No salimos hoy? —me dijo desde lejos.

VIENTO VERDE

Caminamos de espaldas al mar, por los cerros, sin hablarnos. Esa mañana no tuve historias, ni conseguí pedir las. Yo estaba seguro de adivinar en qué pensaba mi padre y un sentimiento desconocido me oprimía la garganta. Entonces, de haberlo podido, habría alcanzado a saber lo que es el odio.

Pero eché a correr como otras veces, lancé menudas piedras a las quebradas, y de repente, incapaz de vencer esa angustia que trepaba hasta mis ojos, empecé a llorar con ira y pena. Mi padre se acercaba, pronto estaría a mi lado, y restregué con fuerza mi cara.

Durante la noche, recordé mucho tiempo, a la mujer. Se había ido y todo parecía diferente. Pero ahora sentía que no era posible pensar más en ella, que mi padre no estaba conmigo, que las bellas aventuras de los naufragios y los abordajes no tenían sentido ninguno. Y deseé con extraordinaria vehemencia entrar en el cuarto abandonado. ¿Qué esperaba encontrar ahí? Sin embargo, me dormí pensando en otra cosa. A menudo me sucedía desprenderme de todo y ser un niño entre los niños.

Ahora bien: mi padre siguió siendo el mismo alegre narrador de cuentos. Yo lo miraba mientras me refería los quehaceres de los corsarios, como si fuera otro hombre. Entre él y yo había un secreto que me atormentaba. Y sus ojos, sus dientes, sus orejas, sus manos me parecían los de un forastero. Podría irse de pronto y no le conocería ya. Entonces volvía la mira-

VIENTO VERDE

da hasta mi madre. Flacucha, callada, movía con lentitud una mano, como para detenerlo, y decía:

—Le estás llenando la cabeza de cosas que no sirven.

El se encogía de hombros y me preguntaba:

—¿No piensas ser marino? Tienes que conocer todas estas historias.

Pero yo no me divertía como antes. Y una tarde regresamos a la ciudad.

III

Recuerdo que mi madre era pequeña y silenciosa. Siempre parecía dispuesta a que la olvidáramos.

A veces, reíamos con mi padre. Si ella no se encontraba con nosotros, asomaba su rostro chiquito, sonreía sin que la advirtiéramos, y desaparecía hacia alguna labor que nunca la dejaba. No se la sentía venir ni alejarse. Pero su presencia estaba en cada limpio rincón de nuestra casa.

—Eres desordenado —le decía a mi padre.

—No arrojes los papeles en el suelo —me rogaba.

Y ponía orden en todo, frágil y diminuta, como pidiendo que perdonáramos su diligencia.

—Tu madre va a concluir condecorada por las hormigas —aseguraba mi padre burlescamente.

Estas palabras me proporcionaban una imagen

VIENTO VERDE

inverosímil, que me divertía un rato. Mi madre movía graciosamente la cabeza.

Pero una tarde vi, con espanto, que sufría. Es inútil que el tiempo me entregue todas las emociones que pueden conducirme lejos de ese instante escondido. Encuentro la ruta que a él me lleva. No vacilo en tomar la dirección precisa, que cruza los años, y llega hasta el cuarto de mi padre, un domingo, a la hora del anochecer.

—Cuando empieza el otoño, nada me alegra tanto como sentir que el aire fresco me salta encima. Me gusta recibirlo. ¡Vamos, pirata, el abrigo es para los osos! —me había dicho mi padre.

Y bajamos los dos al jardín. Callamos largamente, mientras el viento se afanaba en un rumor que podía servir a nuestra memoria para su taciturna faena. No nos mirábamos, atentos al vertiginoso vaivén de las hojas, apenas el viento irrumpía entre ellas. Inesperadamente, se detenía en lo alto, se iba, cohibido y astuto, y bajaba de nuevo a volcarlas, divirtiéndose con las desesperadas señas que se hacían del peligro.

—Me estoy convirtiendo en un oso —dije de repente—. Voy por mi chaqueta.

Y subí sin hacer ruido. Estaba oscura la casa. En el cuarto de mi padre había luz. A través de la puerta entornada vi a mi madre. No me sintió venir y continuó precipitadamente hurgando uno de los cajones. Comenzó a leer un papel pequeñito, lo guardó en se-

VIENTO VERDE

guida —cuidadosa— y entonces la oí llorar con un sonido agudo, que atraviesa el tiempo y me acompaña ahora como si golpearan a mi lado una leve campana.

No alcancé a huir. Mi madre cruzó el pasillo y se encerró en su pieza. Llegué hasta la mía y no he olvidado que, de pie ante la cama, volví a ver a mi padre subiendo la escalera de caracol. No hacía mucho que habíamos regresado a la ciudad, y ya este recuerdo se perdía entre los que no aparecen. Y de pronto se mostraba, sin otra significación que la del infortunio.

Permanecí en mi cuarto y el sufrimiento que acababa de sorprender en mi madre agitó una vez más todo lo que se iba. Alta y hermosa. Mi padre callaba cuando yo estaba cerca y ella sonreía mirando hasta el mar. Cerré los ojos. No pude saber ya cómo eran sus cabellos, cómo miraba fijamente y decía:

—Si corres, vas a crecer como los grandes capitanes.

La olvidaba, pues, para siempre. Había oído llorar a mi madre, y una emoción que me ahogaba abría hacia ella un camino en que nada se parecía a lo que viera. Sentí la soledad, la dura soledad que después no abandona. Y desesperadamente apreté los puños contra todo.

* * *

Muchas veces, ahora, mi padre nos dejaba tardes enteras. A menudo empezaba a cantar con alegría. Si

VIENTO VERDE

mi madre pasaba a su lado, callaba y la seguía con los ojos.

Después volvía a cantar.

Una noche, cuando leía yo un libro con viejos grabados de hombres que se cubrían con pieles de animales y vivían de la caza, de vencer a las tribus que venían a ellos, se inclinó sobre mi hombro, acarició mi cabeza y estuvo después paseando por el cuarto.

—Ya no eres un niño —declaró de súbito—. Ahora tienes que aprender por ti mismo muchas cosas que no te he contado. Así hemos hecho todos.

Entonces hubiera querido acercarme, cogirme de sus manos, pedirle que, como antes, nos acompañara. Pero huí a hallarme lejos y pensé, precisamente, en todo lo que un niño puede pensar para angustiarse.

IV

No lloró mi madre cuando nos quedamos solos. Nunca lloró cuando la tuve delante, ni tampoco cuando era la hora de encontrarnos cerca y poder, repentinamente, buscarnos.

Pequeñita, hacendosa, taciturna, siempre logró hallar un quehacer más prolijo. Se levantaba cuando el día no entraba en la casa, y desde entonces vivía alejando de ella el reposo. Dos o tres veces intentó contarme alguna historia; pero fué en esos momentos cuando temí verla llorar. Era preferible que se inte-

VIENTO VERDE

rrumpiera, que se levantara, que correteando por los cuartos y los pasillos olvidara referirme el último destino del filibustero o del ángel.

Para estos menesteres contaba con mi soledad. Me arrinconaba en ella y los libros me relataban todo lo bellamente inútil. Ahora poseía todos los libros de mi padre. Podía entrar en la sala que, en su ausencia, antes estuvo cerrada siempre, y cuando allí trabajaba olía a cigarro y se pasaba en puntillas frente a su puerta.

Los libros se alineaban contra los muros, hasta una altura que me parecía inalcanzable. Pero una escala favorecía al curioso que atisbaba los gruesos volúmenes de los perdidos anaqueles. Una vez arriba, llamaban los caracteres dorados sobre el cuero rojo. Y lo que decían era inolvidable.

Bajaba peligrando, soltaba el pesado libro contra una silla y respiraba hondamente. Nadie venía después a buscarme hasta el castillo de los caballeros, la posada de los contrabandistas, el dormitorio del rey desconsolado. Solo salía de ese indeterminado tiempo, y solo me encontraba en la casa.

De esta manera crucé cada día un país cambiante y siempre hermoso. A menudo me acompañaban pastores, ladraban los grandes perros, y la noche encendía angostas ventanas en la torre del solitario. A veces me perdía en el puerto ruidoso, vestían los hom-

VIENTO VERDE

bres unos harapos sobre las cicatrices, y los papagayos reían en el hombro de los bebedores.

Mi madre, cuando me iba a dormir, no adivinaba mi reciente compañía.

—Rézale a Dios por los que están lejos— murmuraba.

Pero los que están lejos, cuando los días suman sus noches y sus mañanas, cada vez se ocultan mejor de cuantos procuran alcanzarlos. No es un niño el llamado a darles caza como a una abeja zumbadora.

Ya mis oídos no atendían a cierta voz, mis ojos no percibían ciertos rostros. Esta es jugada del tiempo: todo se lo lleva y de improviso todo lo devuelve.

No obstante, la voz y el rostro en que procuraba no pensar estuvieron otra vez conmigo. Yo descendía con el volumen más viejo, me sentaba a mirar sus grabados, y aparecía el que más me gustaba.

Recuerdo con toda claridad que habría llorado si mis ojos contraídos con fuerza, mis dientes apretados con ira, mis manos crispadas con resolución no hubieran combatido el llanto. Allí tenía el bello Viento Verde, con el escocés que cantaba, el negro Tanganyka, Cocorocò o Camerón, con su acordeón y sus tatuajes, y el español, sentado sobre las cuerdas, escuchando.

Era un hermoso grabado y mi padre había inventado para él una historia que me seducía.

—¿Quiénes son? —le dije—. ¿Qué cantan?

—Es la canción del Viento Verde— me contestó,

dispuesto a encontrar en seguida una historia que se acomodara entre las dos palabras repentinas, y pudiera, desde entonces, repetirse tantas veces como yo se la pidiera.

Siempre hacíamos así. Decía el título que le agradaba, reía un rato, moviendo alegremente la cabeza, y pronto la historia tenía un comienzo, me encantaba el tiempo necesario para todas las maravillas, y un fin impresionante me obligaba a decirle:

—Dame el lápiz. Voy a apuntar cómo se llama el cuento.

Y lo escribía en un rincón de la página, para que otro día cualquiera volviese a contármelo.

Allí decía: Viento Verde. El español escuchaba, mirando el mar. Cantaba el escocés. El negro tocaba su acordeón.

—Este es el viaje que no termina —me había dicho mi padre—. Este es el barco que anda por el mar y no se detiene. No importa que los faros no iluminen su ruta. El español, el negro y el escocés la conocen. Ya lo ves: están tranquilos. El escocés tiene una voz hermosa: canta y su voz es la de la ola verde e inquieta, que va creciendo mientras se alarga el canto. ¿Y el negro? ¡Ah!, éste se llama Tanganyka, o se llama Corocó, o se llama Camerón —porque un negro puede llamarse como quiera— y su acordeón hace que el viento venga hasta el mar. Es el viento verde, el viento de los bosques, el viento que cuando sacude los pi-

VIENTO VERDE

nos los derriba, y después se va a golpear el agua. Sube y baja el mar azotado por el viento verde, y el único barco que nunca naufraga es éste en que toca el negro su acordeón, mientras el escocés agita la ola que trepa, y estremece la ola que cae, porque así es su canto. Entonces el español, que no sabe ser músico, pero que ama la tempestad, la mira y escucha. Después el negro se enjuga la frente, el escocés tose para despejar su garganta, y el español estira, con pereza, los brazos. El mar vuelve a su sosiego, el viento verde se va a los bosques, y las aguas están llenas de ahogados que abren los ojos y chocan, lejos, con la roca que siempre los ha visto.

V.

Corté cuidadosamente el grabado y lo puse en mi cabecera. Mi madre le dió una mirada y como no quería ni a la tierra ni al mar, me habló de otras regiones también pobladas de peligros y, a veces, de alegrías.

Pero yo lo tuve cerca hasta que vestí de negro y vi nuevamente llorar a mi madre, esta vez sin esconderse.

Ocurrió esto poco después de mi más secreta aventura. No necesito detenerme a recordar. Todo está en mi memoria tan persistentemente definido que me basta allegarme hasta esa noche, entrar en ella, mirar a uno y otro lado de sus orillas.

VIENTO VERDE

—No te olvides —me dijo mi madre—. Rézale a Dios por los que están lejos.

Me lo decía siempre y yo subí a mi cuarto. Apagué la luz para dormirme. Y el sueño me acogió tan rápidamente como lo deseaba.

Pero entonces, en algún momento, empezó a silbar el viento distante. Y corrió enredando y desenredando su violencia, hasta llenarse de un olor de pinos, y hacerse verde, y buscar las aguas. Volví los ojos en torno y allí escuchaba el español, sentado sobre las maromas, tocaba el negro su acordeón estruendoso, cantaba el escocés, mirando las estrellas. Un espanto terrible subió a mi corazón, y también parecía cantar. ¿Cómo pude encontrarme a bordo? Me aproximé al negro, tendí el oído. Sin mirarme, tocaba, y el viento era la única música sobre el mar. Fuí hasta el escocés y acerqué mi cara a su boca que estaba cantando; pero la única canción era la de la ola verde lanzada sobre la noche, la de la ola verde caída hasta la entraña del abismo oscuro. Lleguéme al español, que no se volvió ni entonces ni después.

—¡Eh, ¡Tanganyka! —grité, regresando hasta el negro.

Y como no me respondía, recordé que podía llamarse Cocoroco.

—¡Eh, Cocoroco! —grité.

Y como no me respondía, pensé que podía llamarse Camerón.

VIENTO VERDE

—¡Eh, Camerón! —grité.

Y como no me respondía, callé súbitamente, angustiado y contento del mar, de la noche, de mis absurdos compañeros.

Pero el viento verde empujaba el barco y desesperaba el agua invadida y el tiempo no tenía fin. Hasta que el negro pasó una mano por sus ojos y suspiró; el escocés dió unos pasos y fijó la mirada en el español, que alzó los brazos y dejó de contemplar la tormenta.

Nadie lo vió, entonces, sino yo que aún miraba el mar: mi padre abrió los ojos friamente y se alejaba en una ola calmada que el viento ya había abandonado.

Nada más.

Entonces mi madre comenzó a llorar y yo vestí de negro, como se acostumbra.

EL VAGABUNDO

Bastaba oír su nombre para pensar en una época perdida. Ahora nadie se llama Nemuel. Pero un vagabundo tiene derecho a muchas cosas que están lejos de los demás hombres.

Siempre creí que Nemuel era indolente, callado. Amaba los libres caminos, la siesta tranquila bajo los árboles. A veces permanecía largas horas mirando una rama, una piedra con musgo. También perseguía a las mariposas, pero sin moverse, con ojos apenas entrecerrados y apoyada la cabeza en una de sus manos. Esto solía divertirlo y darle deseos de cantar en voz baja; pero más a menudo terminaba por dormirse. Haraganes como Nemuel poco entienden de canciones cuando el sueño anda cerca.

Me gustaba imaginarlo con una gorra sucia echada sobre los ojos, un pañuelo descolorido protegiéndole la garganta, una varilla entre los dedos para ir golpeando distraídamente altas hierbas, o para alejar perros tenaces. Lo veía caminar a pasos lentos, arrastra-

EL VAGABUNDO

dos, con un inadvertido crujir de hojas entre el polvo, al final de no sé qué rutas.

Esto me permitía considerar a Nemuel menos aislado de los hombres, capaz de estrecharme la mano en cualquier camino.

Cosa inútil, después de todo. Sé que ha muerto hace mucho tiempo, o, más bien, sé algo peor todavía: nadie tiene ninguna seguridad de que haya existido alguna vez.

No obstante, me apresuro demasiado. Hay alguien que no duda jamás cuando habla de Nemuel. Conoce claramente su vida, recuerda con prolijidad su historia, sabe relatar sus esperanzas y sus desalientos. Por él he dejado de ignorar que hubo, en otros años, un vagabundo de nombre tan curioso.

Es verdad que todo esto viene de mi amigo Bernardo. Pues bien, pueden sonreír cuanto quieran. Yo mantengo mi opinión: Bernardo es algo extravagante, busca en todo momento cosas extraordinarias; pero nunca ha hilvanado mentiras para distraer a los otros.

Una noche me dijo con toda naturalidad:

—Se llama Nemuel y es vagabundo. Su amistad me parece inapreciable.

Estaba serio —les aseguro— y aunque se afirmaba con mano nerviosa los anteojos de carey, en su voz se agazapaba un secreto que no tenía prisa, verdaderamente.

EL VAGABUNLO

—Además —agregó—, es un hombre que ha muerto hace muchos años.

No recuerdo si logró asombrarme. Hay que conocer a Bernardo como yo le conozco.

* * *

Para llegar hasta Nemuel y convertirse en su camarada, Bernardo tuvo que abrir misteriosas puertas, como él decía.

El viaje lo realizó en su propio cuarto, entre el diván y sus cojines, una mesa diminuta, una lámpara y algunos libros. En torno, la noche, una estrella balanceándose entre la ventana y la soledad de fuera, nada más. Lejos, apenas un viento intermitente contra alguna puerta mal cerrada.

Bernardo tenía diferentes historias para habitar la noche. Tendido de espaldas, los párpados juntos como si durmiera, hacía girar las imágenes. Eran casi siempre recuerdos en que la palabra antaño prendía su música de luto.

Pero de improviso pensó en los hombres desconocidos que estaban, como él, dentro de aquella noche, en la misma ciudad. Vió cuartos estrechos, caminados sigilosamente por grandes ratas; mujeres que dormían y se quejaban, de súbito, en alta voz; niños que apretaban los ojos sin sueño, para no tener miedo.

—Siempre igual —se dijo— y, un día cualquiera, la muerte...

EL VAGABUNDO

Bernardo estiró con fuerza los brazos, bostezó, quiso pensar en otra cosa. Miró sus libros, la pequeña lámpara, y volvió a juntar los párpados. Entonces recordó una conversación lejana que había juzgado sin interés: la facilidad de ciertos hombres para comunicarse con los muertos.

—Tú puedes ensayar, Bernardo —le habían dicho—. Tienes el poder que se necesita. Tus adivinaciones, tus presentimientos nos asombran. ¿No has anunciado más de una vez la muerte de algún amigo, cuando nadie podía saberla?

Bernardo había sonreído. Se consideraba incrédulo, desposeído de inquietud acerca del otro lado de la vida.

—Ya veremos eso —declaraba—, pero ahora vivamos...

Y repentinamente se puso a meditar largo tiempo en todo aquello que le disgustaba. Pensó en el espíritu más abandonado, en aquél que jamás se nombra en ningún rincón de la tierra.

Se levantó despacio, indeciso todavía; cogió un papel, un lápiz, y se colocó ante la mesa, cerrados los ojos, para evocar al gran desamparado.

—Seremos camaradas, si existes verdaderamente —le dijo con el pensamiento.

Y el lápiz permaneció perpendicular al papel, como si lo defendiera de un aire que se obstinaba en llevarse.

Bernardo sintió que sus dedos normigueaban.

EL VAGABUNDO

Después sus brazos comenzaron a tiritar, lo mismo que si la ventana se hubiera abierto y entrara la noche su ola de frío.

Bernardo pensaba en ese desterrado de todo recuerdo, quería saber su nombre, los oficios que le sirvieron para ir cruzando los días.

—Te llamo —repetía sin palabras— porque deseo recordarte. No es una simple broma para divertirme.

Todo esto me lo ha relatado Bernardo y no hay razón para no creerle. Por eso digo ahora que el lápiz se movió de pronto, con ruido ágil, como si la mano que lo sostenía se hubiera cansado y buscara apoyo, suavemente.

En el papel había un nombre: Nemuel.

* * *

Así comenzó aquella singular amistad.

Desde entonces, Bernardo se comunicó todos los días con el desaparecido y ya no supo hablarme sino de su amigo el vagabundo. Su invisible presencia nos acompañó durante horas, por tardes y noches demasiado lentas.

Las hazañas de Nemuel no eran numerosas —es cierto—, pero Bernardo tenía una secreta sonrisa cuando yo solía advertírselo.

—Lo que fué en vida carece de importancia—me

EL VAGABUNDO

decía a menudo—. Sólo me interesa lo que sabe de la muerte.

Sin embargo, continuaba hablándome únicamente del holgazán, del enamorado de los caminos, del Nemuel que anduvo por campos y pueblos con su tedioso destino a la espalda. La muerte no revelaba su misterio.

Supe que hubo apacibles cortijos que le vieron venir antes de la amanecida. Eran livianos sus pies para aproximarse a la tapia; fuertes sus brazos, para trepar sin caída; agudos sus ojos, para no chocar, en la sombra, con algún objeto. Retenía la respiración cuando abría una puerta, miraba un instante hacia dentro, encendía su linterna de luz opaca, y se perdía sin rumor en la casa desconocida. Después regresaba con algo entre las manos, o en los bolsillos de su blusa.

—Sencillamente, un ladrón como tantos otros —decía yo.

—Era a causa del hambre —declaraba Bernardo.

También supe que hubo tabernas donde se reunió con insoportables granujas. Bebían y charlaban, muy juntas las cabezas, volviendo de vez en cuando las miradas hacia atrás, hacia los lados. No querían, evidentemente, que se les escuchara. Y se iban después, a que la noche les amparase la aventura.

—La miseria, ¡qué diablos! —comentaba mi amigo.

Pero no siempre ocurrían estas cosas. Nemuel estaba, casi de costumbre, solo, errante por los cerros,

EL VAGABUNDO

las campiñas, las quebradas, o bien por las calles de una ciudad cualquiera.

—Resulta muy sin objeto el inagotable Nemuel— le decía yo a Bernardo.

Se alzaba de hombros, me miraba como a los niños que dicen una tontería y no tardaba en responder:

—Nunca has podido comprender nada como se debe...

* * *

Estas conversaciones alrededor de Nemuel concluyeron por separarnos. Me aburría la invariable narración de aquella existencia sin rumbo. Frecuentemente la interrumpía con burlones comentarios, o me echaba a reír sin pronunciar palabra.

Bernardo dejó de visitarme.

Perdí entonces, con cierta lentitud, la acostumbrada faena de pensar en Nemuel. Y una mañana estoy seguro de haberme despertado muy lejos de ese cauteloso bribón.

Pero Bernardo se encargó de ponerlo nuevamente en mi camino.

Una tarde apareció en mi cuarto, cerró la puerta con prisa enigmática, se detuvo frente a mí, vacilante.

—Estoy a un paso de la mayor aventura de mi vida— exclamó.

EL VAGABUNDO

—Buena suerte —dije—, si ya no se trata de cazar vagabundos.

Bernardo crispó las cejas, cohibido. Deseó marcharse, sin duda; pero respondió con desaliento:

—Haces mal en hablarme así.

Pensó un instante y agregó entre dientes:

—He querido referirme a Nemuel, eso es todo.

Yo sabía, de antemano, que no podía tratarse de otra cosa. ¿Por qué no escucharle una vez más?

—He venido porque eres incrédulo y ahora no podrás negarte a creer.

Habló pausadamente, a ratos con temor de que le interrumpiera. Callaba, entonces; pero mi seriedad le animaba en seguida.

—Me he comunicado con él y he conseguido lo que nunca me atreví a soñar. Le he pedido una prueba, una única prueba de su existencia. Me la ha concedido. Y hoy lo tendré a mi lado como si viviera todavía. Lo miraré andar, sabré con exactitud que su vida de otro tiempo no es una fábula; podré medir —si lo deseo— la anchura de sus hombros, la longitud de sus brazos, de sus piernas. Nadie podrá pensar que Nemuel es un ridículo fantasma de mi imaginación.

Calló Bernardo y miró fijamente mis ojos. No sonreí, no hice un gesto. De esta manera le conduje a nuevas palabras:

—Ha sido difícil obtener una demostración tan perfecta. La muerte guarda celosamente a los que la

EL VAGABUNDO

habitan. Nemuel no puede abandonar su mundo en cuanto se lo piden. Pero esta noche me esperará entre los árboles de un camino que conozco. Es a la salida de la ciudad y quiero que me acompañes.

Ir a entrevistarse con un muerto no alcanza a divertir gran cosa; pero Bernardo me tendía la mano y no supe sino estrechársela.

—Tú también lo verás —añadió gozosamente— y ambos sabremos lo que nadie ha sabido nunca.

Aguardamos con impaciencia la hora de la cita. Varias veces me asomé a la ventana. Había una luna redonda, con anillos azules agitándose en torno, si se la miraba sin pestañear.

Cuando decidimos partir, Bernardo me dijo con una voz de niño que tiene miedo:

—Tenemos que ser valientes. Nemuel no se presentaría si adivinara el más leve temor en nosotros. Me lo ha dicho.

Esta advertencia nos volvió locuaces. Hablamos con alegría de los bonitos ojos de una actriz, del encanto de las ventanas cuando ha anochecido, de la inabarcable importancia de la risa. Después, la ciudad quedó atrás, y hubo un delgado viento que iba y regresaba por entre los árboles, en el despoblado.

—Es aquí —dijo Bernardo—. Esperemos.

Se veía el paisaje hasta buena distancia. Un olor a tierra con rocío acogía propiciamente. Noche abierta, amparada, de limpia forjadura, en resumen.

EL VAGABUNDO

De pronto distinguí, a lo lejos, una sombra que hacía brillar un pequeño punto rojo a la altura de la boca de un hombre. Nos acercamos. La sombra echó a andar con paso negligente, alejándose.

—Es él —dijo Bernardo—, podemos seguirlo.

Entonces analicé al desconocido que nos precedía. Estatura mediana, hombros anchos, y, ciñéndole la cabeza, de vez en vez, a la claridad de la luna, el frágil aro de humo que se desprendía de su cigarrillo. Caminaba sin apremio, cimbrando los brazos como al compás de una música escondida en su memoria. Se le presentía dueño de aquella soledad, con una elástica fuerza aprisionada entre sus movimientos vigilantes.

—No creo que sea un espíritu —exclamé a media voz—. Mejor haríamos en volvernos.

Bernardo apretó bruscamente mis muñecas, contraídos sus dedos en una ira desesperada.

—No es hora de burlas. Puedes irte, si quieres.

—Iré contigo, Bernardo. Lo hemos convenido así.

Pero me rechazó con tan visible cólera que lo dejé marcharse. Breves minutos los miré andar bajo la luna, hacia donde agolpaba la noche todas sus sombras. Delante, el desconocido, meciendo los brazos; atrás, casi corriendo, Bernardo, que procuraba reunirsele.

En seguida me dirigí a la ciudad y a medio camino comencé a silbar una de esas canciones que recuerdo cuando estoy solo.

EL VAGABUNDO

* * *

Mi primera inquietud, en la mañana, partió de una incertidumbre. Aquel hombre que parecía no haber reparado en nosotros, me llenaba otra vez de desconfianza.

—Debí acompañar a Bernardo —pensé—. Basta ya de locuras. Hoy le haré ver que la muerte queda lejos...

Me vestí de prisa y corrí a su casa. Ante la puerta de su cuarto llamé varias veces. Oí su voz:

—¡Adelante!

Ceñida la cabeza con una venda blanca, abultados los ojos, la nariz, los labios, hacía pensar en uno de esos exóticos reyes que suelen mirarnos desde las páginas de los periódicos.

—No hay que reír —me dijo—. El camino del conocimiento es siempre difícil. Ese hombre no era Nemuel.

En seguida, con gesto tranquilo, me tendió una hoja. Reconocí la escritura de sus comunicaciones con el vagabundo. Allí decía, apenas, lo suficiente para aclarar esta historia:

“Te aseguro, Bernardo, que otro día podremos conocernos”.

SOL DE DOMINGO

Un día los obreros comenzaron a construir. Sonaron los martillos, las risotadas y los cantos.

¡Ay, ay, ay!... No sé qué tengo
y mi mal es no sé qué...

Así apareció la calle: casas blancas, casas de ladrillo, casas de cualquier color. Después se plantaron los árboles, ladraron los perros detrás de las rejas, a medianoche, y cada habitante tuvo su ventana.

En algunas no asomaba nadie. Abiertas en las mañanas hacia el sol, y cerradas al sol todas las tardes, parecían ignorar —desdeñosas— lo que en torno ocurría. Si la calle las miraba, no querían saberlo.

Otras tendieron hacia fuera delantales, sábanas, colchas con flores y frutos desteñidos, cada día. En éstas pudo toser el viejo, reír —a veces— la muchacha, llamar a los vendedores ambulantes la mujer de cabeza ceñida con un pañuelo.

SOL DE DOMINGO

Pero entre las casas quedó agazapado un conventillo. Largo y estrecho, con una puerta de madera mal pintada. Húmedo, interminable, con piezas a un solo lado. Frente a todo lo demás, sin mirar nada.

Salían los chiquillos y jugaban en la calle. Se detenían junto a los automóviles y discutían gravemente. Enardecían a los perros encerrados. De súbito rompían un vidrio con la pelota de trapo que ocultaba alguna piedra, y escapaban como los mejores soldados cuando cambia la suerte.

—Habría que demoler ese infierno —pensaban en la casa del otro lado de la calle.

Alta, espaciosa, de muros blancos. Enfrente, el infierno con sus hombres, sus mujeres, sus niños y la vida.

—Habría que demolerlo —pensaban.

Pero no lo demolían. Estrecho y largo, sobrevivía entre los días indolentes.

Si era verano, el conventillo prolongaba la noche: cantaban las mujeres, gritaban los hombres o los niños, había perros vagabundos que gruñían y se peleaban con los que ya eran propietarios. Después el otoño imponía otra conducta: los cuartos se llenaban de humo, el sueño acudía más pronto, y si alguna vez se atrevía una guitarra a zancajear por el vino y la alegría, los habitantes del buen lado de la calle pensaban en sus perros y se dormían de mal humor.

¡Ay, ay, ay!... No sé qué tengo
y mi mal es no sé qué...

De esta manera, tropezando por la ciudad, sudoroso y muerto de pereza, llegó un domingo a pararse en la calle. Con un sol tan porfiado como el que lo acompañaba no valía la pena discutir. Todos se encerraron sin cortesía ninguna y lo dejaron fuera, sobándole el lomo a las piedras.

Pero una voz empezó a gritar cosas de otro mundo. Obstinadamente golpeó la calle, se lastimó y al final no fué sino un aullido de cuerno. Apenas se entró en la garganta en que vivía, con prontitud de caracol amenazado, otra voz reanudó la historia de los demonios y los ángeles.

—¡Los canutos! —gritaron los chicos bulliciosos, y salieron a ver qué decían.

Una mujer los detuvo en mitad de su carrera:

—Son los evangelistas —aseguró severamente—. Traen la palabra de Dios. ¿Por qué llamarlos canutos?

Pero los chicos se aburrieron; el sol los cogió de la cabeza, de los hombros, y se marcharon a otra parte.

—Todo está escrito en las alturas: "Lo que el impío teme, eso le vendrá; mas a los juntos les será dado lo que desean" —clamaba una de las voces, asida a una inútil esperanza de que la oyeran.

Entonces en la puerta del conventillo apareció un

hombre flaco, en mangas de camisa. Estuvo largo rato mirando a los predicadores, de pie junto a sus bicicletas.

Cinco hombres cansados, sucios y tristes. Cuando uno hablaba, los otros oían cabizbajos. Después cantaban con fatiga. Parecían pensar en que todavía el sol iría persiguiéndoles algunas horas. Uno era viejo ya; otro, casi un niño. Se pasaban la mano por la frente, por el cuello. El hombre flaco les escuchó sin alegría.

—Hay que buscar el camino antes de que llegue la hora. ¡Ay de aquél que no acude en momento oportuno!...

Y volvieron a cantar. Las voces saltaban en el sol duro, se resquebrajaban, chocando entre ellas amargamente.

El hombre flaco esperó que terminaran. Entonces se dirigió a ellos, cruzando la calle.

—Nadie los ha oído —aseveró con gravedad—. No quiero ofenderlos, pero nada se consigue gritando así.

Los ciclistas lo contemplaron un instante, y uno de ellos, barbudo, grueso, asmático, respondió:

—Es nuestro sacrificio: vamos buscando almas que aprendan a escuchar a Dios.

El hombre flaco se encogió de hombros:

—Aquí no hay nadie —volvió a decir—. Todas las ventanas están cerradas...

Los ciclistas se miraron, moviendo la cabeza. El hombre flaco señaló el conventillo:

—Algunos hemos perdido a Dios, y no volveremos

SOL DE DOMINGO

a encontrarlo; otros creemos en El, y nos arreglamos como podemos. No quiero herirlos, pero es otra cosa lo que se necesita.

Entonces buscó en su bolsillo, sacó un lápiz rojo, se acercó a la muralla blanca y sonrió.

—Es otra cosa —dijo de nuevo.

Y con mano segura trazó la hoz y el martillo en el muro.

—Esto es, sí, esto, nada más —murmuró entre dientes.

Pero no había nadie mirándole. Y volvió a sonreír.

EL RETRATO

I

Mi demonio familiar es peludo y violento. Felizmente no me acompaña a cualquier hora del día. Puedo olvidar, a ratos, su existencia, y pensar que soy libre. sin embargo, tengo su nombre y su oficio: Jenaro Pérez, zapatero de barrio pobre. Y esto no me permite ser sino su esclavo.

La casa en que vivimos es la residencia del viento. Entra en el día y en la noche, se instala junto a nosotros y es inútil que tratemos de no advertirlo. Nos coge de la garganta, si somos descorteses, y nos echa su aliento con violencia. Entonces nos arrebujaamos de alguna manera y le oímos silbar una canción que no nos gusta.

Mi tío Jenaro le ha domesticado como a un gato gruñón. No le importuna cuando trabaja, ni cuando come. Únicamente cuando duerme suele saltarle encima y

EL RETRATO

obligarlo a proferir palabras que son del dominio de los vagabundos, en el invierno.

Cierto es que si poseyera la camiseta a rayas azules que mi tío Jenaro luce todo el año, tampoco diría yo que el frío es una mala cosa. Pero ocurre que la camiseta no está conmigo cuando más pienso en ella. Desgracias como ésta son las que forman la vida, y no me quejo, realmente.

Visto como otros muchachos de mi condición. Cuello, corbata, y unos zapatos que, cuando mi tío está de buen humor, resisten sin fatiga aparente largos trayectos por encima de la lluvia. Los estudiantes andamos así por la ciudad, casi siempre, aunque una vez en casa tengamos algunos que desfigurarnos, para evitar que las mangas echen lustre, los codos se deshilachen y las rodilleras nos vayan precediendo como lazarillos.

Esta apariencia confortable seduce a mi tío Jenaro. Me mira de pies a cabeza y masculla su felicidad en cuanto baja los ojos en señal de olvidarme.

No me olvida, sin embargo, bien lo sé. Vigila mis menores movimientos. Si, de pronto, no me ve con un libro entre las manos, comienza a gruñir con su voz gruesa:

—Yo no aprendí nada y soy un imbécil. Pero tú tienes que estudiar, idiota.

No le respondo y me sumerjo en la lectura. Es, a veces, un texto de estudio; pero ha solido ser una nove-

EL RETRATO

la de piratas. Después voy a acostarme y el nuevo día llega cuando menos lo necesito.

Ahí está mi tío Jenaro, con su camiseta, sus bigotes caídos, su barba revuelta y brillante. Se ha levantado antes que yo y prepara el desayuno.

—Pronto, pronto —me dice.

Tiene una prisa igual para largarme en las mañanas y para verme regresar en las tardes. Soy el hombre que está colmándose de ciencia y debe ser exacto en todo.

—Hoy te has atrasado diez minutos. Si esto se repite, pon duro el pellejo.

No obstante, me golpeó solamente cuando niño. Hace años que se limita a vagas amenazas y a descargar sobre infortunadas suelas la ira de sus peligrosas manos.

Pero refunfuña largo tiempo:

—Los ricos son todos unos cochinos. Los pobres, más cochinos todavía. Hay que tener conciencia.

Le dejo murmurar, levanto la cortina que separa el taller de nuestras absurdas habitaciones, elijo el libro que habrá de apaciguarlo, y vuelvo a la silla que me tiene reservada, junto a su banco mal oliente.

—¿Qué has aprendido hoy? —me pregunta de improviso.

—Electrodinamismo —contesto con desgano, como quien desea guardar su secreto.

EL RETRATO

Estas palabras le estremecen de regocijo y calladamente le obligan a respetarme.

Pero mi tío Jenaro no es un hombre ridículo. Si me burlo de él, de tarde en tarde, es porque mi intención no se parece a ninguna. Al fin y al cabo, mi vida se apoya íntegramente en su sacrificio. Trabaja para mí y sus ahorros me pertenecen. Exiguos ahorros, por lo demás: la herencia de una tierra diminuta y algunos animales, todo lo cual fué vendido para ir viviendo y para que me instale cuando tenga mi oficio.

—Así vas a ser algo, holgazán —vocifera cuando se acuerda de esto.

Porque es el caso que mi tío Jenaro pertenece a esa raza de hombres que se avergüenzan de ser bondadosos. Necesita enfurecerse a cada instante, para que la ternura no le traicione.

II

Hay diferentes maneras de comenzar a ser desventurado. No es imprescindible reparar, por ejemplo, en que la vida tiene dos caminos: el que transitamos diariamente y el que no existe sino al fondo de nuestro deseo. Basta, a veces, una muralla, una simple muralla en un taller de zapatero pobre.

Es decir, mi tío Jenaro ama las flores descoloridas del papel de su cuarto. Son flores que ha marchitado el tiempo, arrebatándoles el nombre. Pero ahí están,

EL RETRATO

simplemente, cubriendo cuatro muros, agostadas en una primavera de muchos años. Y la mirada de mi tío Jenaro encuentra en ellas reposo.

No obstante, la tempestad ha llegado también hasta la permanente estación de las cuatro murallas. Tempestad de manos precipitadas y poco fuertes, claro está, pues sólo ha tronchado algunas flores, dejando la pared desnuda. Lo cual es suficiente, por desgracia, para interrumpir el sosiego de una mirada que pasea.

Mi tío Jenaro lo sabe y no hace nada por remediarlo. Su resignación no me asombra. Lo veo vivir desde que era niño y he aprendido a conocerlo. Pero es necesario que me preocupe de darle, alguna vez siquiera, una alegría.

—Ese agujero es un túnel que te enfrenta con lo que disgusta —pienso, mirándole trabajar—. Tú quisieras ver ahí cálices, pétalos, corolas. No es posible. Buscaré algo en las revistas ilustradas. Hay grabados de puertos chinos, de mujeres que bailan entre negros que tocan el banjo, de animales sorprendidos en su selva. Te gustará una cosa de esas, aunque resoples como un jabalí y golpees, furioso, tus cueros infelices.

Desde entonces, busco afanosamente la estampa. Algunas son demasiado pequeñas; otras me parecen incomprensibles. Hasta que un día la descubro y la guardo entre mis papeles, esperando el instante de prenderla en la muralla, sin que mi tío Jenaro me vea.

Así entra Lenin en nuestra casa. Un buen retrato

EL RETRATO

de Lenin, a tres colores. La dimensión es conveniente: un poco mayor que el oscuro agujero que, cada mañana y cada tarde, atrapa la mirada de mi tío y la atormenta.

Espero, pues, un tiempo, y de pronto estoy de pie en un taburete, clavando a Lenin entre las flores desteñidas, mientras mi tío va a entregar unos zapatos.

Cuando regresa, me ve estudiando el más grueso de mis libros. Acecho su mirada, sus idas y venidas por la pieza, su banco repleto de herramientas y de hormas.

—¿Qué es esto? —le oigo decir de repente.

Se ha colocado ante el retrato y lo mira, fruncido el ceño, como a un enemigo.

—Lo he puesto ahí porque creo que cualquier cosa es mejor que la rotura del papel. Quise darte una sorpresa, tío Jenaro.

Resopla como ya lo he imaginado y se vuelve, enfurecido:

—¿Quién diablo es ese hombre tan...?

No encuentra la palabra y esto le enoja más, le amontona las cejas en torno de los ojos, le estremece el bigote, le obliga a contemplar —mudo— el retrato, mi libro, la calle, las flores apagadas que trepan hacia Lenin y de él suben al techo, bajan al piso en su apacible enlazamiento.

—Es un padre de la independencia —le digo calmadamente—. Quiere, como tú, que todos trabajen y sean algo en la vida.

EL RETRATO

—¿De qué independencia? —pregunta—. Yo lo he visto a Lautaro muchas veces, no creas que soy idiota. Y Lautaro no tiene sino un taparrabo, un garrote y...

—Lautaro no es un padre de la independencia, tío Jenaro. Este hombre, sí. Pero, si quieres, lo quito de ahí y se acaba la historia.

Vuelve a mirar el retrato, se acerca, reflexiona con las manos a la espalda. Espera, seguramente, que le diga algo más acerca del huésped inesperado.

—Se llama Vladimir Ilitch. Ya te explicaré —le digo.

No me atrevo a pronunciar la palabra Lenin. Puede haberla oído y tenerla perdida en su memoria, junto a los monstruos que no se nombran.

—Así no se llaman los cristianos. ¿De dónde es éste?

—Es Lenin, de Rusia —termino por explicarle—. Creo que queda bien ahí. Es un bonito retrato. Quise darte una sorpresa agradable y veo que prefieres el papel roto.

Se sienta y trabaja. Finjo leer y le vigilo. Pero esa noche, mientras comemos, le hablo de Lenin como podría hacerlo con un niño curioso.

—Toda la vida: nieve, miseria, hambre, tío Jenaro. Y millones de hombres en esas llanuras horribles. El viento es espantoso, corta la cara como un cuchillo. Pero el Zar —como ya te lo he contado—, metido en su palacio, con una chimenea enorme y su cigarro y bue-

EL RETRATO

na música. Los pobres van a gritarle: queremos trabajar, ser libres, no vernos azotados como bestias, día y noche. El Zar se asoma a la ventana y se ríe de los hombres, de las mujeres, de los niños. Se divierte mirando a sus soldados, que salen de repente con la bayoneta caladã y matan a los que no se van.

—¿No hay hombres por allá, entonces? —pregunta—. A mí no me tratarían dos veces así. Con estas mismas manos les dispararía, aunque fuera una piedra. Y tengo buena puntería, porque varias veces he volteado pájaros, nada más que con largarles la honda.

—Claro que hay hombres por allá, tío Jenaro. Y el más hombre de todos es éste —insisto, señalando el retrato que nos contempla con sus ojillos de zorro.

—¿Y qué hizo éste? En realidad, debe de haberlo hecho pedazos con esas garras, ¿no es cierto? Me recuerda a mi hermano Tomás, que tenía las manos iguales y no había quién les resistiera un apretón.

Desde esa noche, Lenin se queda viviendo con nosotros.

III

Un retrato está en el muro y un buen día se agazapa en el corazón del que lo contempla. Después habla secretamente y el destino comienza a escucharle.

EL RETRATO

—Un buen electricista es un hombre. Un zapatero también —dice mi tío—. Pero los que nos estrujan son unos zánganos y tendrán que pagar con su cabeza.

—Así es.

Corren los días por las calles, entran en la casa, se van. El hombrecillo calvo, de ojos agudos, los mira desde la muralla sigilosamente. Y ya mi tío no es el mismo.

Hemos comprado una vida de Lenin y la leemos en las noches.

—No entiendo nada —me dice.— Cuéntame tú...

Cierro el libro y sé cómo hacerle más grata la historia. Hablo el idioma que conoce, así como a los niños se les cuenta la hazaña del gigante. No me interrumpe y suele decir no sé qué cosa entre dientes. Pero cuando golpea con ambas manos sus rodillas y se levanta, no cabe duda que ya es hora de ir en busca del sueño.

Ahora tiene amigos, sale a menudo, vuelve y se está cabizbajo, gruñendo.

—¡Estudia! —me grita, si ve que le miro.

A veces, al atardecer, llegan unos desconocidos y conversan con él en voz baja.

No quiere mi presencia. Salgo a silbar y aburrirme, o me tiendo en la cama, no lejos, y le oigo vociferar de repente:

—Jenaro Pérez les enseñará... Yo los colgaría como a gatos...

EL RETRATO

Trabaja siempre igual mi tío; pero me deja solo muchas veces, con mis cuadernos, mis libros, mi asombro. Regresa cuando me he tendido a pescar el sueño. Lo ahuyenta con su voz poderosa y me incorporo en la cama:

—¿Qué hay?

—No son hombres. Todo lo arreglan con palabras. Una reunión, y otra, y mil reuniones. ¡Tiempo perdido! Ya verán si Jenaro Pérez es tan cobarde como ellos. Hay que darles una buena lección, de una vez por todas.

No puedo seguirle en sus enigmáticas salidas. Quiere que estudie, que me quede acompañando al hombrecillo de la barba puntiaguda. Y con él me estoy largas horas, hasta que, sin mirarle, me voy a dormir.

Pero una noche no es la voz de mi tío Jenaro la que escucho ante la puerta. Me levanto, porque han golpeado como si quisieran derribarla. Son unos hombres lentos, que me apartan bruscamente y entran con decisión.

Nada más que un banco de carpintero, una cortina manchada de vejez, unas habitaciones pequeñas y frías, mis libros, una vida de Lenin, unas fotografías de mi tío Jenaro, de mi tío Tomás montado en su yegua alazana.

—¿Qué ocurre? —consigo preguntar, sin saber con exactitud lo que he de hacer.

Uno de los hombres pone la vida de Lenin bajo

EL RETRATO

su brazo; otro se acerca al hombrecillo astuto, da una manotada y el agujero del muro vuelve a asomar.

—Vamos —me dicen.

No pregunto nada. Doy una última mirada a todas las cosas y les sigo en silencio. En alguna parte de la ciudad, mi tío Jenaro gruñe, pensativo.

NOCHE IMPAR

Nos hemos conocido en alguna parte. Yo lo saludo siempre con una cortés inclinación de cabeza. El me responde con una sonrisa. Pero estoy seguro de que nunca hemos cambiado una sola palabra.

Es largo y angosto como un galgo de buena estirpe. Tranquea tan rítmicamente, que tal vez ha aprendido alguna música para cruzar calles y campos. No la olvida jamás. La desenvuelve entre sus pasos con una exactitud de batuta. Un, dos tres. Un, dos, tres. Y se aproxima o se aleja como si bailara.

Esta noche hemos comido juntos en un restaurante bullicioso. Es decir, él ha devorado, en su mesa, un trozo de cordero, una gallina en salsa de extraño nombre. Yo, en la mía, he aceptado lo que puedo permitirme, que nunca es mucho. De vez en vez nos hemos mirado como viejos amigos. He podido ver sus dedos, largos y velludos. Juegan con el tenedor, y —a ratos— llevan con el cuchillo el compás de una rumba. Con él golpea en la copa, mientras suena la orquesta; y oigo

NOCHE IMPAR

el rumor ligerísimo, deslizándose entre el piano, el violín y la voz del cantante, que quisiera ser negro.

Cuando me levanto y me dirijo a la puerta, me sonrío. Yo, como de costumbre, me inclino, ceremonioso. No le siento venir y, sin embargo, está conmigo en la calle.

—Buenas noches —me dice.

Su voz posee curioso metal. Demoro en buscarle una comparación precisa. No me da tiempo, pues en seguida vuelve a hablarme:

—Aunque usted no lo sepa, nunca he visto un conejo más exacto —declara.

Yo le miro con asombro y un comienzo de ira. Si es verdad que mi boca es algo aguda y dos dientes sobresalen de mi labio superior, no por eso puede un desconocido decirme tan absurda cosa. Advierte, sin duda, lo que pienso y se toma de mi brazo como un camarada.

Soy manso y no acostumbro a saber cómo se reacciona ante la estupefacción. De manera que me dejo llevar y no digo una palabra. Entonces me asegura con pasmoso convencimiento:

—Un conejo, mi querido amigo, lo que se llama un conejo que no ha aprendido a conocerse. Pero es el caso que ya va siendo oportuno darse cuenta de la realidad. Usted no es sino un conejo y yo quiero que nos entendamos.

NOCHE IMPAR

Me suelta, se coloca ante mí, y agrega como quien resuelve revelar lo importante:

—No hay por qué ofenderse: está usted ante un galgo que ha decidido no mentirse más a sí mismo. Si usted me llama galgo, yo admito esta evidencia. Lo mismo puede hacer usted siendo un conejo.

Conozco ahora de qué metal está hecha su voz: del mismo que lanza sus vetas por la garganta de un galgo. Este descubrimiento me hace sonreír:

—¿Acaso tengo voz de conejo? —le pregunto.

Se llena de gozo. Siente que empezamos a tratar de comprendernos y vuelve a tomarse de mi brazo.

—La voz, la fisonomía, el carácter, la voluntad, el destino de un conejo —me dispara con regocijo.

Vamos rápidamente por la calle. Sus pasos resultan demasiado largos para mis cortas piernas. Esto me exige, a menudo, avanzar a breves saltos, para que no me arrastre como a un muñeco.

—Después se lo explicaré todo —me dice—. Por el momento, sintamos la alegría de caminar por esta noche de primavera. Yo odio el invierno. El verano me desagrada. Dos estaciones que únicamente sirven de algo a los hombres, cuando tienen dinero. En cambio, vea usted, mi querido amigo, con qué dicha espontánea actúan los músculos mientras se anda por la primavera, de día o de noche. Agilmente. Con una admirable naturalidad. No se le hiela a uno la nariz, ni se queda uno jadeando de fatiga. Dan deseos de correr, de mirar el

NOCHE IMPAR

cielo y brincar como si se fuera a coger una estrella, o —si prefiere— la propia sombra, la felicidad desnuda. Esto ha sido siempre así, tanto para un galgo como para un conejo.

—¿Todos los galgos son igualmente charlatanes? —pregunto con sorna.

—Palabras totalmente de conejo —me dice—. Ustedes se han habituado a ser silenciosos, metidos en sus madrigueras. La vida está repleta de peligros para el conejo. Y el ser cauteloso es una defensa. En cambio, nosotros podemos ser despreocupados y expresar nuestra alegría ruidosamente.

Hemos llegado a un parque y nos sentamos a descansar. Hay luna. Pero no la miro sino un instante, porque el desconocido no calla.

—Ustedes son más románticos que nosotros —me dice—. Cuando el cielo les gusta, paran las orejas y se quedan inmóviles, como esperando que baje de arriba una música destinada al corazón de los conejos. Nosotros sentimos una necesidad diferente: movernos, agitarnos, irnos y volver, gastarnos como una llama. Ahora mismo, hago un enorme esfuerzo para no corretear por las hierbas y hundir en su perfume fresco mi júbilo de tener narices. Lo haré dentro de poco. Primero vamos a poner en claro nuestros destinos.

Doy una repentina mirada en torno y recobro la atención.

—Esto ha sido y será siempre lo esencial: ver cla-

NOCHE IMPAR

ramente el destino y aceptarlo. Mientras creí que era hombre, no hice sino dejar que los días pasaran y el destino se fuera amontonando como cieno, al fondo de cada uno. El cieno sube, anhela su presa. De pronto coge, y ya se sabe lo que es esto. Sí, mi buen amigo, hace bien en pensar que es la muerte. Pero es terrible morir sin haber vivido lo propio. No se ha sido, entonces, sino un espectador desdichado. Pobre cosa, aquí y en el infierno. Yo me di cuenta una mañana que iba por el camino de otros. No soy hombre, no lo he sido nunca. Soy un galgo y recibo con gozo mi destino de galgo. Lo vivo ya, dentro de mí, y muy pronto me verá usted tomarlo plenamente.

Abrió los brazos y respiró con hondura. Es la satisfacción del que se encuentra.

—A usted, mi buen amigo, lo he observado siempre. Me he divertido pensando que —al verme pasar— no ha sabido nunca que un galgo lo mira y se dice: estás atado a mi suerte; eres un conejo que se pone a mi alcance... No ria usted, no haga gestos de hombre. Escúchese, siéntese, conózcase: conejo, nada más, conejo igual a todos los que nacen y mueren cada día.

—Nuestra amistad, entonces, resulta extraordinaria —le digo—. No creo que los conejos estén dispuestos a escuchar a los galgos de tan cerca.

—Es así, efectivamente. Pero nuestra amistad acaba dentro de pocos minutos. Yo le he seguido hoy hasta el restaurante y le he traído aquí para revelarle su

NOCHE IMPAR

destino. No lo hago con desinteresada generosidad. Es usted mi primera presa.

Se levanta, entreabre los labios y veo sus dientes agudos. Me dice después con lenta calma:

—Si no cree usted lo que ha oído, mire bien ahora y recuerde más tarde...

Sin prisa, como entregado a un rito maravilloso, camina hasta el prado, y se echa en el césped húmedo. Le sostienen sus pies y sus manos en la actitud del hombre que va a jugar con un niño a que es un perro. Alza la cabeza, me mira un instante, y aúlla largamente. En seguida comienza a ladrar. Lejos, le responden unos ladridos que no se diferencian de los suyos. Después gira vertiginosamente, salta una valla de alambres y se pierde en la noche.

* * *

Mi existencia de conejo principia cuando quedo solo. Entra, primero, en mi sombra; se expande luego por todo mi ser y no puedo eludirla.

Todo se realiza rápidamente. No razono, ni consigo intentarlo. Siento, nada más, y sé que mis sentidos no me engañan.

Ante todo, el ladrido va alejándose. Lo creo de repente extinguido. Pero regresa en el aire, me asedia, traza un círculo que se estrecha y termina por ser un claro sonido, un agudo sonido que se interna en mi

NOCHE IMPAR

cuerpo. Ahí lo siento correr, apagarse. Y el miedo me domina de extraña manera.

Entonces mi asombro es explicable y bajo los ojos, lo mismo que cualquiera ante un secreto que le sacude de pies a cabeza. Ahí está mi sombra. La reconozco, aunque es mi primera sombra de conejo. Yergue las orejas, acechando seguramente el ladrido; brinca después —tímida— y trepa por mis piernas, desaparece. Ya no hay sombra ninguna. La contengo, la guardo, la vivo.

Huyo por entre los árboles, busco casas, ventanas encendidas, hombres que transiten despreocupadamente por la noche. Necesito voces, miradas, rumor de seres que posean una vida y la saquen de paseo por la ciudad. Sin embargo, vienen por la calle tres hombres y me escondo. Uno de ellos fuma, otro habla, el tercero —escuchándole— lleva las manos a la espalda y se inclina al andar como el que va cansado. Les dejo pasar y advierto que los hombres son incomprensibles. Caminan tranquilamente y, no obstante, si de pronto me ven, tal vez se lancen sobre mí y me persigan. Huyo de nuevo. Quiero estar en mi habitación. Es necesario que me mire en el espejo.

Subo la escalera y no suenan mis pasos. Arriba, la pieza de mi patrona. Hay después un pasillo y —al fondo— la puerta de mi cuarto. Entro, respiro, soy un hombre. El espejo me lo dice. Mi boca, con dos dientes que sobresalen; mi nariz corta y ancha; mis ojos, redondos y enrojecidos, componen un rostro de hombre,

NOCHE IMPAR

de auténtico hombre. Aquí están mis libros; el retrato de mi madre, en la pared. Tengo —más allá— mis corbatas, los pañuelos, unos guantes de cuero blando. Soy un hombre, exactamente como todos, un hombre que está en su habitación y mira los rincones, el techo, la ventana, la mesa en que hay un tintero y unos papeles.

Entonces me desnudo y me envuelvo entre las sábanas. Tirito como cuando he tenido fiebre y poco a poco empieza el olvido, entro en el sueño y soy feliz.

Pero no soy un hombre. El sueño lo asegura con voces extraordinarias, con acontecimientos reales. Voy por mi sueño y paso ante la pieza de mi patrona.

—¿Quién ha dejado entrar un conejo? —pregunta al verme.

Está de pie en el umbral. Es gruesa y ríe estremeciendo su vientre puntiagudo. Quiero pedirle que me reconozca. Entonces recuerdo que hace muchos años un viejecillo que olía a tabaco nos decía:

—Dominemos la apariencia sensible. Nuestra inteligencia puede derribarla y percibir tras ella la realidad que no miente.

¿Podré decirle esto a mi patrona? No puedo hablar, tirito de espanto: soy un conejo. Cuando ella levanta la mano —lo mismo que yo, otras veces, cuando he querido que escape una gallina—, no me contengo y bajo a saltos la escalera.

Huyo tan rápidamente que en seguida encuentro

NOCHE IMPAR

refugio, en mitad del campo. Es una madriguera como todas.

—Esta es mi habitación —me digo—. Esta es la vivienda que corresponde a un conejo.

Y me invade la dicha de huir de las ilusiones vanas. Me escondo a mirar la noche. La luna es igual para el hombre y el conejo: blanca y bonita, sola allá, aburriéndose. Me asomo a contemplarla. Pero el galgo ha venido, está a dos pasos, mirándome. Entonces me oculto y pienso con angustia:

—Todo tiene un principio y un fin. El sueño, como todas las cosas, nace y muere.

La madriguera es pequeñita, me arrimo al fondo de su oscuridad y veo lucir, fuera, los colmillos filudos.

—Nace y muere —me digo—. Nace y muere...

El viejecillo que olía a tabaco nos contó tantas cosas: —¡Nace y muere!...

Cierro los ojos y el tiempo anda. La noche no tiene prisa ninguna y su calma va haciéndose mía. No oigo ni veo nada. Estiro las orejas y el frescor nocturno las acaricia. Una inmensa paz ha descendido sobre el campo. La montaña duerme ante mí y el cielo —apenas salgo— reaparece.

Miro a ambos lados del camino y me voy en veloz carrera. Entonces el ladrido restalla como un látigo a mi espalda. Me sobrecoge el miedo y pienso que la fu-

NOCHE IMPAR

ga es inútil. El galgo me persigue, se aproxima, me tiene ya cogido con su aliento intermitente.

Pero no me detengo. Estoy cerca del límite en que el sueño termina. Acaso pueda cruzarlo y abrir después los ojos en mi vida de hombre.

La noche —entretanto— se contrae y salta conmigo a la otra orilla de mi existencia.

VENTANA HACIA EL RIO

I

Abrí mi ventana y miré largamente la noche.

No conozco el nombre de las estrellas; pero sé con bastante exactitud qué vagos deseos despiertan, a veces, en un corazón como el mío. Esta es una historia que cambia siempre y no me gusta escucharla mucho rato. De manera que me aparto de la ventana y dejo que la noche siga —fuera— con los que la aman.

Pero entonces estuve largo tiempo mirándolo todo: la calle, el río, el cielo. Sonaba, lenta, el agua, y en alguna parte estaba cantando, a media voz, un hombre. Seguramente, había bajado hasta el lecho del río y buscaba dónde tenderse a dormir. Mendigos y ladrones se acuestan a menudo sobre las piedras, y las ratas de hocico húmedo los acompañan.

Del otro lado de los puentes, los grandes árboles terminaban de forjar el otoño. El viento sabía cómo apresurar este trabajo.

VENTANA HACIA EL RIO

—Saldré a caminar —me dije—. Veré si descubro dónde canta ese pobre demonio.

Muchas veces los había visto encender hojas y ramas, toser entre el humo, apagarse. Alguno, de pronto, silbaba; pero si oía pasos en el puente, se apretaba contra la sombra, callado. Después lo escuchaba reír, llamar a algún compañero, y la noche se guardaba lo demás. Nunca fuí menos discreto que los otros.

Anduve junto al río sin ver ni oír sino la noche. No hay manera mejor de encontrarse con la aventura. Lo he comprobado siempre.

Estaba la mujer apoyada contra un árbol. Caída la frente sobre uno de sus brazos, el otro pendía —moviéndose— y golpeaba su mano el tronco, a cada vaivén. Vestía con elegancia y aunque no se percibía su rostro adiviné que era hermosa. Una luz fría, cercana— en torno de la cual revoloteaba el duro insecto que se obstina y muere—, me permitía advertir menudos detalles de la desconocida. Cabellos rubios, anillados en la nuca. Alta, delgada, fina. Y su perfume, el mismo que hace desear todas las mentiras que aguardan en alguna parte.

No se volvió, a pesar de que me encontraba a su lado. Entonces el silencio se hizo tan completo que sentí cómo el insecto chocaba y volvía a chocar contra el vidrio.

—Podría ayudarla... Dígame qué puedo hacer, porque no es bueno que esté sola, así, en...

VENTANA HACIA EL RIO

Por cierto que hay otras palabras y los bellos libros las conocen. Pero yo sabía que estaba llorando, que su mano persistía en golpear la corteza oscura—imagen muy posible de la desesperación—, y todo el resto: sola, sin volverse, apoyada en el árbol. Y su perfume, también una angustia.

—Vivo cerca. Se cruza el puente, apenas... Empezia el frío, además...

Entonces el brazo quedó inmóvil, los hombros se encogieron, una voz ronca me dijo, sin esperanza ni pena:

—¡Váyase!

—No me iré. Está sola. A veces resulta peligroso. Siempre hay hombres durmiendo bajo los puentes... Estamos cerca de casa y podrá descansar. Después, si quiere, conversamos; si quiere, no pregunto nada. Pero no me iré...

Echó a andar rápidamente y yo tras ella, hablándole. Cuando se detuvo, pude mirarla un momento.

—No tengo dónde ir —me dijo.

La tomé suavemente del brazo y la conduje a mi casa. Antes de entrar, se apartó de mí y habló con su voz ronca y despaciosa:

—Vaya a ver, primero, si realmente no hay nadie.

—Vivo solo —respondí—. No hay nadie, estoy seguro.

VENTANA HACIA EL RIO

—No tema que huya. Esperaré aquí hasta que vuelva.

Entonces pensé que, efectivamente, podía huir si yo subía; pero era tan resuelta su voz que corrí el riesgo de perderla. Precipitadamente entré en la casa, encendí luz, vi que todo estaba en orden, y bajé en su busca.

—¡Nadie!— dije, sonriendo—. Podemos subir tranquilos.

II

Dejó el sombrero encima de la mesa, alisó sus cabellos con ambas manos y se sentó.

—Hay gin, un poco de whisky, no sé si algo más...

—No bebo —me dijo.

—Puedo hacer café. Ha empezado el frío —murmuré, yendo a cerrar la ventana.

Miró calmadamente mis cosas y entonces examiné su rostro, su cuerpo, sus largas piernas, sus pies grandes. Era hermosa, sin duda, hermosa y ausente. Sus ojos oscuros, muy hondos, parecían no ver lo que miraban con tanto detenimiento. Sus cabellos rubios, echados hacia atrás, su nariz fina, su boca un poco gruesa, sus manos blancas y sin anillos, su pecho, sus muslos repentinamente dibujados al poner una pierna sobre la otra, todo esto podía pertenecer a la aventura

y al deseo. Pero algo había en ella que la alejaba de mí y de sí misma.

—Un poco de café. Lo prepararé yo, si me dice dónde está todo —declaró de improviso, levantándose.

Fuimos a la cocina, le entregué cuanto necesitaba y —convencido de que convenía dejarla sola para que aceptara plenamente lo que ocurría— volví a la sala y encendí un cigarrillo.

Quise, después, dar una ojeada al dormitorio y levanté la cortina. Decididamente, cuando la vida se aburre, de súbito estira la mano y coge de lo imprevisto una hora que vale más que otra alguna. Sonreí y me puse a pensar en la desconocida. ¿Cuál podía ser su desgracia? ¿Qué abandono era el suyo? La había visto llorar, rechazarme, y de repente echaba a andar conmigo, parecía dispuesta a recibir —sumisa— cuanto viniera, y casi podía asegurar que no quedaba huella ninguna en su rostro del reciente sufrimiento.

No logré explicarme lo que pudo sucederle. Tampoco decidí qué conducta adoptaría dentro de poco. Ella entraba con su bandeja, tan tranquila como si fuéramos viejos amigos. Era el momento oportuno para desechar un montón de historias posibles y falsas.

La ayudé a disponer la mesa, acerqué dos sillas, y, mientras estuve sirviendo el café, llegóse a la ventana y se asomó a la noche. La cerró de nuevo y se volvió con la sosegada lentitud que comenzaba a inquietarme.

VENTANA HACIA EL RIO

—Es bonito todo esto —me dijo—. Me gusta oír el agua.

—Sí; es bonito, de veras. Yo me entretengo mirando la calle, cuando estoy solo y me aburro. A veces salgo, como ahora; pero nunca he tenido la suerte de esta noche.

Se sentó y a lentos sorbos empezó a beberse el café. Yo la miraba, le decía cosas que he olvidado, y preferí —repentinamente— callar. Ella se levantó, fué hasta la cortina que nos separaba del dormitorio, miró hacia adentro, y —sin volverse— me hizo esta extraña pregunta:

—¿Nunca ha encontrado junto a su cama, al regresar cualquiera noche, a alguien que lo espera?

Me eché a reír de buena gana y contesté algo que podía llevarnos a una intimidad más conveniente.

—Eso no importa nada —me dijo—. Eso le ocurre a cualquier hombre que tiene alguna amiga.

Se acercó a la mesa, fijó sus ojos en los míos, y agregó subrayando cada palabra:

—Me refiero a un hombre, a un hombre exactamente igual a usted, que está leyendo, por ejemplo, de espaldas a la puerta. Usted entra. Allí está. Usted se detiene, cohibido, y en seguida, de un salto, se pone frente al intruso. Pero él se levanta, sin inquietud ninguna, deja el libro sobre la cama, lo mira a usted, que ya no sabe qué hacer, qué decir, qué pensar. Ese hom-

VENTANA HACIA EL RIO

bre es exactamente igual a usted. Su estatura, su corpulencia, su color, sus ojos, su voz...

—¡Ah, qué novela ha sabido inventar! No creo que ande suelto por el mundo otro hombre como yo, idéntico a mí, y que posea la llave de mi casa, y sea aficionado a leer lo que me gusta, y tenga la suerte que yo tengo: salir a andar un poco y encontrarse con una mujer tan endiabladamente bonita.

Sin contestarme, se sentó ante su taza vacía, ocultó la cara entre sus manos y dijo apenas:

—Estoy muy cansada.

—Tiéndase en mi cama —le pedí—. Me he prometido no hacerle ninguna pregunta y cumpliré mi promesa. Cuando haya descansado, cuando quiera contarme lo que le ocurre, piense que estoy resuelto a ayudarla.

—No puede ayudarme —dijo—. Nadie puede ayudarme... Estoy viviendo el caso que acabo de exponerle.

Se animó de súbito, bajó sus manos y las crispó sobre la mesa:

—Con una diferencia, sin embargo... La que aguardaba era yo...

III

Pensé en todas las dificultades que acaso vendrían. La mujer estaba fuera de sí, hablaba en voz muy

VENTANA HACIA EL RIO

alta, se levantaba a pasear por el cuarto, volvía a sentarse. A veces, golpeando la mesa con el puño cerrado, me preguntaba duramente:

—¿Comprende usted?

Y hablaba de una manera inverosímil. Agitaba las manos. Callaba de pronto y —desanimada— movía negativamente la cabeza, para excitarse de nuevo y gritar.

—¿Comprende usted?

—Necesita descanso —le dije muchas veces—. Estará bien en mi cama. Ahora debe reposar, dormir. Mañana hablaremos de todo esto y ya verá usted cómo consigo ayudarla.

Pero en vano intenté que obedeciera. La aventura adquiría, de repente, el contorno preciso de un estúpido escándalo. Mientras ella hablaba, estuve pensando en lo que debía hacer en caso de que acudieran los vecinos. Lo mejor, entonces, puede ser una sonrisa. Los otros la ven, y también sonríen, guiñan traviesamente un ojo, y se van:

—¡Ah, sí, ya comprendemos!...

Pero la mujer calló y mucho rato estuvo sentada mirando fijamente el muro. Después, con voz tranquila explicó:

—Así, como he hablado, no se entiende nada. Me he cansado inútilmente. ¿Comprende usted?

Encendió un cigarrillo y como si estuviera contán-

dome la más natural de las historias comenzó en voz muy baja:

—La que aguardaba era yo. La sentí abrir la puerta y no me volví. Se sorprendió y estaba muy pálida cuando dijo: —“¿Es posible?”. —Me levanté, nos miramos, y temí que cayera. La tomé de un brazo y murmuré casi a su oído: “¿No me esperabas? Vi a tu chico: dormía. Tu marido vendrá, como siempre, a darte las buenas noches. Conversaremos después, sin que nos interrumpen”. —Golpearon a la puerta y asomó el marido: “Creí que estabas con alguien, Margarita”. —La besó, estuvo charlando unos instantes y se fué a dormir. —“No te ha visto —me dijo ella. —Tendrás que irte. No te esperaba. No podemos vivir así”. —Pero no me fuí de su casa. Nos divertimos guardando el secreto. En cuanto estábamos solas, hablábamos, y no había entre nosotras diferencia ninguna. A ella la conocían todos; a mí todos me ignoraban. Pero éramos iguales: todo exacto, hasta el pensamiento de cualquier minuto. Pero lo que ella pensaba, todos lo sabían. Lo que pensaba yo, siendo idéntico, era también diferente: no lo conocía nadie. A veces, era ella la que se quedaba oculta, y entonces yo besaba al marido y al hijo, ellos me besaban y reían conmigo. No había diferencia. De cuando en cuando, comentábamos esta aventura. Como tal vez reíamos en alta voz y nos interrogábamos, nos respondíamos, alguien solía abrir la puerta y preguntar: “¿Quién está contigo?... ¡Ah, te diviertes hablando

VENTANA HACIA EL RIO

sola!". —Y no podían comprender. Aunque más de una vez temí ser descubierta. Me correspondía el turno de vivir —ante todos— la vida de Margarita, y, de repente, el marido me estaba mirando, me sonreía, solía confesarme: "No sé por qué, a menudo, no me pareces la misma. Piensas, hablas, te mueves, me besas, y es como si escuchara, como si viera, como si besara a otra mujer". —Entonces reíamos los dos. Hasta que un día advertí que el marido y el hijo parecían más felices cuando estaban conmigo. —"No creí quererte tanto —me dijo él un día. —Eres, por cierto, la misma, y no obstante, algunas veces, me haces sentirlo todo de otra manera. Es como si de cuando en cuando me revelaras lo más profundo que hay en ti. Después te pierdo. Y vuelvo a encontrarte. Siempre que te encuentro, te quiero más". Margarita lloró calladamente sobre mi hombro. No nos ocultábamos nada y supo todo esto. Un día desapareció. Y yo empecé a vivir íntegramente cuanto le pertenecía: el amor, el sufrimiento, la esperanza, la inquietud, la dicha. Lo vivía como ella, pero ahora sabía yo que de un modo diferente, de un modo que ella no podía alcanzar. Entonces, al cabo del tiempo, el marido comenzó a sentir como una aguda nostalgia de Margarita. Yo me daba cuenta que trataba de conducirme a sus costumbres, a sus palabras, a sus pensamientos, sin diferencia ninguna. Y empecé a temer que Margarita regresara. Y conocí el sufrimiento que no había sino adivinado al fondo de mí misma, como un mono

VENTANA HACIA EL RIO

gesticulante replegado en la oscuridad, como un terrible mono que podría saltar de improviso y tomarme en sus brazos, estrangularme... ¿Comprende usted?...

Estuvo callada mucho rato. Acaricié suavemente sus manos y le pedí que fuera a acostarse, a dormir, a olvidar esa historia que, acaso —me atreví a decirle—, no fuera tan penosa y tuviera una solución imprevista y alegre.

—Ella puede regresar —me dijo, atenta a las imágenes que la torturaban—. Puede regresar y —¿comprende usted?— la odio...

—No vendrá —le dije—. Se ha ido para siempre. No piense más en ella.

—No he querido esperarla —declaró mirándome con dureza y hablando nuevamente en voz alta—. No he querido verla tomar lo suyo. Y el mono ha saltado...

Entonces la conduje hasta mi cama, sin que se resistiera. Inclínaba la cabeza y apretaba las manos, silenciosa.

—Duerma tranquila —le dije—. Le prometo ayudarla, protegerla; no tenga miedo.

* * *

La escuché tenderse, vestida, en la cama. Era una triste aventura, indudablemente, la mía. Poco después apagué la luz.

VENTANA HACIA EL RIO

Terminé, acaso, por dormir, y poco a poco fui quedando a imperceptible distancia del sueño profundo. Pero abrí, sobresaltado, los ojos. Me había acomodado en un sillón. Alguien entraba en la pieza. Lo recordé todo y fingí dormir.

Se aproximó a paso de rata. Se detenía y volvía a avanzar. Después se inclinó, sentí su perfume engañoso, y, de improviso, incorporándome, la tomé de las manos.

—¡No! —me dijo, desasiéndose. —¡No!

Bruscamente golpeó la puerta. Me levanté, fui a la ventana.

Y la vi cruzar la calle, hacia el río.

INDABARA

I

Cuarto piso, a la derecha. Departamento N.o 13. En la puerta, un nombre famoso: Profesor Indabara.

Se entra en un amplio vestíbulo. Al centro, una mesa poliglota conoce todos los idiomas. Pero antes de acercarse a ella, hay que recibir de una muchacha sumida en blanco delantal un número intransferible. Es una ficha metálica, que se guarda como una reliquia. Después, si agrada la lectura, se elige un periódico del Norte, el Sur, el Este, o el Oeste del mundo. Todos están sobre la mesa. Y claro está que esto es lo que menos importa.

Mujeres y hombres esperan al profesor. Como el turno es estricto, las lenguas vivas y las agonizantes cumplen idéntica misión mentirosa. Unas resuenan como grandes motores, otras son leves como una pantera cazando; pero aquí no consiguen otro rumor que el de las páginas cuando se vuelven.

INDABARA

De vez en vez, se abre una puerta y alguien dice un número:

—8.

Los que han perdido la confianza en su memoria, buscan en su bolsillo. La ficha metálica no miente. Y el 8 se levanta, cruza de prisa el umbral, y la puerta se cierra otra vez.

No es el profesor Indabara el que inclina la cabeza, saludando, detrás de la mesa angosta, junto a una lente, un dictáfono, y las manos cruzadas al borde.

—¿El 8? —pregunta.

Desune las manos, hace un gesto, y la única silla desocupada recibe al 8 y lo desasosiega.

El hombre que ha saludado junta los ojos, porque así es como el recogimiento se logra, en la más íntima oscuridad, y estira después las manos para coger la del recién venido. La contempla, acercándola a su nariz, la aparta cuando va a ser necesaria la lente, y el examen continúa. Prolijo y misterioso examen, cuyo secreto se transmite al dictáfono en cifra intraducible.

—¿Fecha del nacimiento?... ¿Qué hora, con la mayor exactitud?...

Y el dictáfono se guarda otro enigmático jirón de la vida del 8.

—Dentro de cuatro días, el profesor Indabara lo recibirá.

El 8 vacila entre la esperanza y el miedo, ladea la cabeza y sale como si le hubieran arrebatado su desti-

INDABARA

no. Dentro de cuatro días lo tendrá nuevamente, podrá leerlo como una bella historia que el profesor Indabara le cuenta, al amparo de un membrete sobrecogedor. Pero ahora es el 9, con trémulo paso, el que va a la silla, a la lente, al dictáfono precavido.

Todo esto, mientras el profesor Indabara estudia, taciturno, las cifras, las palabras, los signos que se le han dado. Es en otra sala, con diplomas en las paredes, archivadores, máquinas indagadoras del inagotable capricho del cielo.

El profesor calcula, consulta grandes libros, anota. Las estrellas de la suerte le hablan en pretérito, en presente y en futuro.

Hay que aplicar el oído y escuchar.

Para cada ficha, el lenguaje de los años se asemeja; pero las palabras poseen sentidos inesperados, que el profesor Indabara descubre y no deja evadirse. Amor, odio, peligro y suerte mansa: palomas inverosímiles con su mensaje.

Cuando todo se determina y una ficha aparece con su destino al lado, lo mismo que en el valle la hondonada, el río, y los álamos contentos, el profesor Indabara soba sus manos huesudas, reposa ante el horóscopo, va a empezar su faena.

Coge la suerte y la vuelve, como una moneda, del revés. Es la única manera de no equivocarse.

II

El pasado más antiguo pidió una casa a los poetas. Los historiadores acudieron a visitarlo y le hicieron mentir. Estaba ya tan viejo que confundía los siglos con las horas. Pero hubo cosas que no quiso contar a nadie. Esperó la llegada del profesor Indabara y cuchicheó con él hasta que lo contó todo.

Así se dice, más o menos, en los anuncios apasionantes de algunos diarios que no exageran. En cualquier rincón asoma de súbito el profesor Indabara, con su mirada violenta y su turbante. En torno de su cabeza, el zodiaco circula como ronda de moscas, doce veces pequeñas, de Acuario a Capricornio. Y hay que creer lo que allí se asegura. Babilonia, Egipto, la India vaciaron en el odre del profesor su hermética sabiduría.

"Conozca su destino. Acuda al profesor Indabara. La ciencia de los caldeos hablará por su boca. Precios módicos. Calefacción central".

No se ha visto una fórmula mejor: lo antiguo y lo moderno en gozosa camaradería, el conocimiento profundo y el bienestar venturoso. Puede creerse en un hombre que todo lo une tan extraordinariamente. Pero, ¿acaso alguien se atrevería a dudar del profesor Indabara? ¿No basta mirar sus ojos —tal vez desencajados— pe-

INDABARA

ro fijos como los de una serpiente que va a hacer suyo el cielo? No es admisible ignorar que unos ojos parecidos tienen que haber aumentado, poco a poco, junto al asombro de las revelaciones encontradas entre caracteres cuneiformes.

Ojos que han explorado el tiempo y han visto, como si fuera una naranja, la experiencia de los milenios trancos de la vida. Ojos muy abiertos en el anuncio de los buenos periódicos; red ágilmente pescadora que el profesor Indabara recoge, cada día, repleta de monedas y de agradecimientos.

Pero también vemos el turbante. Y esto nos muda, en el espacio —como un avión loco— hasta la torre polvorienta en que el Oriente guarda el dragón de las verdades inasibles. No se debe negar que la imaginación brinca de regocijo mientras tiene delante el retrato de Indabara.

III

Sin embargo, Indabara tuvo una vez dieciocho años. Era tímido, enteco, le gustaba soñar con todo lo que no se atrevía a hacer. Acomodaba sus hombros flacos en un cojín, alargaba las piernas, y en el diván le sorprendía el crepúsculo. Muchas veces volvía de su letargo apenas advertía que sus dos brazos habían subido en el aire. Entonces caía en la tristeza y en el desaliento. Es que

INDABARA

se imaginaba estar atrayendo hasta su cuerpo el de una mujer que le sonreía.

A menudo, entre sus amigos, se hablaba de las mujeres. Y también hablaban de las mujeres los libros, los ratos de ocio. En la calle, las mujeres pasaban, volvían la cabeza, reían. En su soledad, las mujeres eran audaces, le pedían que las amara.

Sucedía esto precisamente cuando Mónica había resuelto suicidarse. Más aún: cuando Juan de la Piedra había decidido divertirse.

Pero —ante todo— no nos equivoquemos: a los dieciocho años, Indabara no alcanzaba a llamarse sino Juan de la Piedra.

Es claro que en aquellos días —como ahora— las estrellas vivían preocupadas de tejer combinaciones. “Si Juan de la Piedra quiere amar esta noche —se dijeron— va a llegar hasta el cuarto de Mónica”. Orden tan exacta no se discute. Y Juan de la Piedra entró en el cuarto de Mónica esa noche.

En un salón grande, entre los espejos, Mónica parecía aguardarlo. Había otras mujeres, cantaban tres músicos ciegos, se bebía cerveza, y —en un rincón— un muchacho rubio y rojo se empeñaba en desnudar una foca.

Juan de la Piedra sentía el corazón desobediente, el temblor de las manos. ¿Podría levantarse? Mónica le miraba, le había sonreído, y bailaron.

—No he venido nunca a esta casa. ¿Hace mucho tiempo que vive aquí?...

Mónica conocía estas preguntas y todas las demás. Ya no inventaba historias que conmovieran. Bailaba con Juan de la Piedra arrimado a sus muslos, se miraba en los espejos, al pasar, y sabía perfectamente lo que debía hacer.

—¿Subamos?

Juan de la Piedra empezó a desvestirse. En los muros estaban las mujeres tal como las había soñado; pero Mónica, sentada al borde de la cama, era un misterio más bonito que los anteriores.

—Estrecharla con fuerza. Morderle los labios. ¿Cómo se principia, demonios?...

Se helaba la sangre de Juan de la Piedra, y la respiración se le anudaba adentro.

Mónica se levantó a decirle:

—¿Es la primera vez?

Sintió que de un salto el corazón se le vino a la cara, rebotó y fué a meterse lejos. ¿Para qué mentir? Todos empiezan cualquier día.

Mónica sonrió y le hizo acostarse. Vestida, se inclinó sobre él y lo besó hasta convertirlo en ahogado. ¿Qué se hacía, entonces?... ¿Cómo se la tomaba?...

Mónica se irguió, mirándole, y dijo algo que no supo oírle.

—Vengo —murmuró.

Juan de la Piedra quedó solo mucho rato, después

INDABARA

escuchó gritos, carreras, y volvió a vestirse. Mónica había resuelto suicidarse y la encontraron al fondo de la casa.

IV

—Mala suerte, Juan. ¡Ocurren tantas cosas imprevisitas!

Así comentaron los amigos el suicidio de Mónica y una temerosa voluntad de hacer posibles ciertos sueños. En seguida, Juan de la Piedra conoció mujeres, trabajó, anduvo por los días y las noches, tendiéndose en su diván cuando lo quiso. Esto acaecía por las tardes, y —en paz con todos— podía pensar libremente.

—Es como si de antemano le hubieran trazado a uno la vida —cavilaba—. Está uno en su jaula y cree caminar a su albedrío; pero, aunque logre evadirse, ya se ha determinado dónde va a echarse uno a descansar para que lo cojan.

Estos son los pensamientos que encaminan hacia los talismanes, la busca de los días propicios, la mano segura del astrólogo que indica el rumbo. Y Juan de la Piedra comenzó por tener un anillo.

—Amuleto especialmente calculado para los que pertenecen a Sagitario —le dijeron.

Estas palabras le agradaron porque lo situaban con firmeza en el mundo. No iba ya a la ventura, tenía un amable arquero para precederle y luchar por él. Basta

un anillo para que los años se vuelvan reverentes y digan ante todas las puertas:

—¡Por aquí!

Pero Sagitario amanece algunos días de mal humor y lanza su flecha donde no se la espera. El corazón de Juan de la Piedra la recibió tantas veces, que en la ocasión más dolorosa no pudo estarse quieto y protestó, desconsolado.

—De nada me sirve el anillo —pensó Juan de la Piedra, seguramente recostado en su diván.

Y en vez de lanzarlo por la ventana, lo puso en el dedo de un pobre diablo al que no odiaba ni quería. Entonces Sagitario trepó a su morada zodiacal, llamó a sus once hermanos y de acuerdo con Piscis y Capricornio —según todas las probabilidades— condujo al pobre diablo por unos caminos en que el oro y el amor abundaban.

—Caprichos de la suerte —pensó Juan de la Piedra, que, resuelto a mirar su destino como el mapa de una ciudad, dió la fecha precisa de su nacimiento y tuvo su horóscopo.

—Todo está escrito en los cielos —le dijo el profesor Golconda, entregándole su suerte aprisionada entre comas y puntos, e inclinando la barba negra que principiaba en una sonrisa.

Leyó días y noches Juan de la Piedra los papeles en que su vida se bamboleaba como un péndulo. Supo que había de casarse, que el dinero estaría siempre le-

jos de su bolsillo, pero que el amor —en las cuatro estaciones— vendría a tumbarlo contra las almohadas.

Puso atención: su mujer no sería dichosa porque él andaría como forastero vehemente por las alcobas.

—¡Pobrecital —exclamó, restregándose las manos.

Y el tiempo lo situó de repente ante Francisca. Tartamudeó, cambió sus corbatas, compró flores, fué infortunado y feliz. Francisca le habló de unas novelas, de unos negocios, de un viaje por mar. Justamente lo necesario para casarse, como el horóscopo lo decía.

—No te engañaré nunca —pensó Juan de la Piedra, mirando de soslayo a las mujeres.

V.

Dos años de matrimonio permiten que en cualquier momento aparezca un horóscopo entre otros papeles olvidados. Y que empiece la lectura, a solas, olfateando hacia el mundo.

Juan de la Piedra no había querido que a Francisca la visitaran sus amigas. Ahora el horóscopo las llamaba.

—Te aburres a veces, Francisca. No puedo estar continuamente contigo y las novelas cansan, si todo el día estás leyendo... ¿No podrías invitar a alguna amiga que te acompañara de vez en cuando?

Francisca abrió sus puertas y todas las tardes comentó amores ajenos, trajes de mañana y de noche, es-

INDABARA

cándalos y peinados. Juan de la Piedra osciló entre el horóscopo y las mujeres que veía.

—No te engañaré nunca —pensaba, inclinándose a ésta, volviéndose a aquélla, con las manos en los bolsillos.

Hasta que Sofía le puso malhumorado, le dejó sin dormir y le obligó a tomar a Francisca entre sus brazos con inquietud y remordimiento. Si se distraía, los ojos indolentes, la palabra demorosa, el lento cuerpo de Sofía estaban cerca. Si hablaba entonces a Francisca, difícilmente encontraba su nombre y tenía que detener el otro cuando ya rodaba por la lengua, despreocupado.

—Terminaré loco —se decía Juan de la Piedra—. No permitiré que Francisca sea desdichada, y lllore, silenciosa, por los rincones, en mi ausencia. Pero no puedo impedir que el destino me ordene esto y lo otro. Está escrito.

Francisca le hallaba a menudo mirándola como se podría mirar al conejo que se tiene acorralado. No contestaba sus preguntas, sonreía secretamente y se marchaba.

—Exceso de trabajo —imaginaba Francisca—. Es una dichosa suerte haber nacido mujer.

Comenzó a vivir inquieta, espiándole cada vez que se acordaba de su inquietud. Juan de la Piedra no lo advertía, pensando tenazmente en no engañarla nunca.

INDABARA

Pero una noche resolvió despedirse para siempre de su terca congoja. Era lo único que se podía hacer, verdaderamente, para amanecer desasido de Sofía, que hora tras hora le ataba a su cuerpo con inverosímiles ataduras. No había más que cerrar los ojos para que empezara el baile señalado en el horóscopo de las tentaciones. Suplicio como éste conduce a la santidad, a una alcoba escondida, o a la decisión de Juan de la Piedra.

No era cosa difícil, porque cuando todos los relojes puntuales contaron la medianoche, Francisca y Juan de la Piedra estaban, como de costumbre, cogidos del sueño, apartados por un velador y su botella de agua como por el monte más alto. Era el momento propicio. Juan de la Piedra se incorporó en su cama, habló a Francisca en voz de canto de cuna, se alegró de su silencio, y salió del cuarto como un oso que no quiere compañía.

No obstante, las estrellas se entrometen cada vez que se lo proponen, y escribieron en las alturas que Francisca despertara. Miró a la cama vecina, guiada por la indiscreta luz de una ventana sin aficiones a lo secreto, y de un salto cayó en las zapatillas que la esperaban. Desapareció de la pieza y exploró el pasillo, con el corazón atormentado como si de pronto pudieran venir, con sus hachas y sus pipas, los pieles rojas.

Juan de la Piedra no se encontraba en parte al-

INDABARA

guna. Pequeña la casa, la exploración termina de repente. Pero escrito está que las ventanas atisban sin parecerlo.

Francisca averiguó, con la ventana que miraba al patio, lo que podía hacer Juan de la Piedra dentro de un círculo trazado con tiza, al resplandor de un farolito de varios colores. Tendidos los brazos al cielo, golpeaba su sombra contra la tierra húmeda, meneaba la cabeza como si saludara a la noche, y mascullaba sus enigmas beneficiosos. Junto a él, ardían unas hojas secas de olor tardo, que de vez en vez se apresuraba cuando Juan de la Piedra bajaba los brazos y repartía, entre las llamas, unos polvos que sabían crepitar como hermosos leños.

Así le habían dicho que hiciera para matar el amor mentiroso.

Francisca se olvidó de cuanto conviene: no dió un grito agudo, no intentó cerciorarse su mano de si estaba aún el pecho en el lugar que le indicaron desde un principio, no hizo absolutamente nada que correspondiera a su angustia. Bajó precipitadamente y Juan de la Piedra la vió asomar cuando la hoguera se apagaba.

—Subamos —dijo—. No preguntes qué es esto. Piensa en nuestra felicidad.

Y se durmió poco después como los generales que se quedan sin enemigo.

VI

—Comienzo de locura, evidentemente —sentenció Sofía al final de la historia—. Ahora puedo confesártelo, Francisca: muchas tardes le he tenido miedo. Me mira fijamente, me sonríe, y cuando cree que me distraigo le sorprende unos gestos absurdos.

Francisca se arrepintió de haber hablado; pero Sofía estaba contenta de divertirse con un cuento tan curioso e interrogaba sin cansarse.

—¿No te gustaría ver a Martín Aldao, el psicoanalista? —preguntó de improviso—. El podría aconsejarte mejor que cualquiera de nosotras.

Martín Aldao se sentaba detrás de sus enfermos y jugaba con una cadena de oro mientras le describían todos los caminos que retroceden hasta la infancia. Francisca no pudo verlo sino al llegar, porque en seguida contó su historia vuelta a una pared, retorciéndose las manos.

—¿Es la primera vez que, desde una ventana, observa algo que la conmueve? —preguntó Martín Aldao, apenas Francisca no tuvo qué decir.

—No me acuerdo, doctor; realmente, no me acuerdo.

No recibió ningún consejo, pero volvió muchas veces a la sala espaciosa en que Martín Aldao hacía sus

INDABARA

extrañas preguntas. De esta manera aprendió cosas que la asombraron deliciosamente: Había estado enamorada de su padre, celosa de su madre, y Martín Aldao la impresionaba con su rostro tranquilo, sus anteojos de concha, su mirada de buzo que una vez en la superficie, todavía conserva el deslumbramiento de los naufragios.

Francisca sonrió al pensar que su padre, barbudo y hermético, que mascaba tabaco y escupía en las noches, mientras leía su periódico, había sido el sigiloso visitante de todos los sueños que no alcanzaba a recordar. Pero Martín Aldao no mentía cuando enredaba una cadena de oro entre sus dedos y volvía a libertarla pensativamente.

—Apoyar la cabeza en su hombro y oírlo que me dice cómo era yo antes de los primeros pasos —deseaba Francisca, levantándose — y retardando la despedida.

Este deseo y muchos otros que lo perfeccionan no han sido nunca irrealizables, cuando una cadena de oro se esconde en el bolsillo y las manos quedan libres como gorriones en el huerto. Así fué, exactamente, cómo Juan de la Piedra separó de Sofía su corazón atribulado, y de Francisca su cuerpo resistido en las cuatro estaciones.

El pobre cuerpo flaco anduvo cavilando su abandono. ¿Por qué Francisca lo rechazaba? Encogidos los hombros, hundido el pecho vagó por la desventura hasta dar en una calle quieta, una casa chiquita y Mar-

INDABARA

tín Aldao con Francisca, entrando y saliendo, sin que lo miraran.

Se establece para tales cosas un programa austero: pocas palabras y dos disparos.

Juan de la Piedra prefirió andar de prisa hasta su diván, que no se le negaba nunca.

—¡Perdido! ¡Perdido! —murmuró suspirando—. No diré nada para vivir en paz. No diré nada aunque me muera.

Un sollozo vino a acompañar este pensamiento hasta los labios, después se volvió a su cubil, y —en busca de olvido— le rasguñó el pecho unos minutos.

Se incorporó Juan de la Piedra, sin saber qué haría, y como por la ventana vió el cielo le mostró el puño audazmente. Entonces la revelación se abrió como una nube y Juan de la Piedra se estremeció todo. Así suele acontecer: Saulo va por el camino, oye una gran voz, y en adelante se llama Pablo.

Juan de la Piedra saltó del diván con una soltura inigualable, miró el cielo hasta poco antes del regreso de Francisca, y comprendió cuanto debía comprender.

—¡Te he cogido!— pensó, apretando los dientes.

VII

Su nombre —Indabara— estaba en lo alto de la India, en un atlas antiguo que abrió con mano temblorosa. A su alrededor vivían las llanuras, trepaban los

INDABARA

montes encadenados, se iban los ríos, pereciendo. Y sólo esta palabra le seducía: Indabara.

Después trajo una toalla y la convirtió en turbante, se paró frente al espejo y desencajó los ojos. Así se mira el porvenir desde el comienzo de los siglos.

—¡Indabara! ¡Indabara! —repitió, mientras la alegría se lanzaba por su sangre y agitaba sus huesos.

En seguida leyó su horóscopo una última vez y lo despedazó menudamente.

—¡Amor y miseria! —masculló con desprecio repentino—. Suerte menesterosa para el que quiera recibirla...

Y apenas, por la calle, le oyó decir en la mañana a una viejecita de negro: "Cómprelo; no me queda otro billete", pagó el papel de colores que le tendían, y aguardó que las estrellas colocaran su número en la cima de la suerte. Esto no quiere decir sino lo que aconteció: Juan de la Piedra fué el hombre que recibe de un boleto de lotería lo que únicamente imaginan los otros, cuando desconocen el cielo.

Entonces ya pudo ir en busca del profesor Golconda. Había venido a menos y en una pieza pobre solía consultar a los astros de los que se acordaban de él.

—Aquí está mi mano —le dijo—. ¿Qué cuenta?

—Las mujeres le siguen... No tendrá dinero...

Rió Juan de la Piedra y retiró su mano para estrecharla, jubilosa, contra su hermana de igual destino.

INDABARA

—Le traigo la fortuna, profesor Golconda —dijo en voz muy alta—. Usted es el hombre en que he pensado. Me ha dicho usted muchas cosas y ahora yo sé también cómo hablar con la suerte. Trabajaremos juntos.

Y Golconda pierde sus barbas, se sienta ante una mesa —cuarto piso, departamento N.º 13 —a contar al dictáfono diversas historias, cada día de Dios.

Indabara, cuidadoso, las vuelve del revés, como una moneda. No se equivoca y todos se lo agradecen. Es la gloria y la fortuna, si el cielo sigue como hasta ahora.

FIN

INDICE

	Pág.
Viento Verde	9
El vagabundo	27
Sol de domingo	41
El retrato	49
Noche impar	63
Ventana hacia el río	75
Indabara	89